

Nela Martínez

Nuevas lecturas de su
escritura y militancia

Tatiana Landín Ramírez



Serie Magíster

Nela Martínez

Nuevas lecturas de su
escritura y militancia

Tatiana Landín Ramírez



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

Serie Magíster
Vol. 354

Nela Martínez: Nuevas lecturas de su escritura y militancia

Tatiana Landín Ramírez

Primera edición

Producción editorial: Jefatura de Publicaciones
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Annamari de Piérola, jefa de Publicaciones
Shirma Guzmán P., asistente
Patricia Mirabá T., secretaria

Corrección de estilo: Alejo Romano
Diseño de la serie: Andrea Gómez y Rafael Castro
Impresión: Fausto Reinoso Ediciones
Tiraje: 90 ejemplares

ISBN Universidad Andina Simón Bolívar,
Sede Ecuador: 978-9942-641-14-4
© Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Toledo N22-80
Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
• www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

La versión original del texto que aparece en este libro fue sometida a un proceso de revisión por pares, conforme a las normas de publicación de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

Impreso en Ecuador, agosto de 2023

Título original:
Nela Martínez leída hoy: La escritora, la militante y la maestra

Tesis para la obtención del título de magíster en Estudios de la Cultura
con mención en Género y Cultura
Autora: Tatiana Cecilia Landín Ramírez
Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo
Código bibliográfico del Centro de Información: T-3555

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	5
-------------------	---

Capítulo primero

NELA MARTÍNEZ, NARRADORA DEL «CICLO DE LA DESCONQUISTA».....	11
<i>LOS GUANDOS: CAMINOS QUE SE BIFURCAN</i>	12
La senda de Joaquín.....	16
Los cuadros de explotación: la mano de Nela.....	18
LOS PERSONAJES: RETRATOS DE MASCULINIDAD.....	24
Tras el ideario masculino.....	25
Los personajes: 47 años después.....	28
EL CICLO DE LA DESCONQUISTA: HACIA UN DESENTRAÑAMIENTO CONCEPTUAL.....	32
El caminar de Pablo Faicán.....	36
ENSAMBLAJE POÉTICO: DE LA POÉTICA DEL ENTENDIMIENTO A LA POÉTICA DE LA INSURGENCIA.....	39
Simbiosis: naturaleza y palabra.....	42
Hacia el cierre: la totalidad de un poema.....	44

Capítulo segundo

LA MILITANCIA DE NELA.....	47
ELLAS: COMPAÑERAS EN MOVIMIENTOS.....	48
«La militancia comunista de las mujeres era un trabajo duro, de secretaría».....	51
EL EPISTOLARIO: RIZOMA DEL PENSAMIENTO DE NELA.....	53
En la búsqueda de acciones: «He quedado en el silencio esperando que la mujer surja agitada por la voz de otra mujer».....	56
MOVIMIENTOS DESESTRUCTURANTES: RETRATOS SOCIALES, «LA MACHORRA» Y «CUENTOS DE LA TORTURA».....	59
Cerca del margen: la informal, la obrera y las cautivas.....	60
MANUELA, LA PROTAGONISTA.....	73
«Parábola de la insumisa».....	75
Estrategias incómodas.....	79

CONCLUSIONES.....	83
REFERENCIAS	87

INTRODUCCIÓN

La literatura ecuatoriana del 30 inaugura una amplitud de registros que se preocuparon por emplear técnicas narrativas acordes al contexto. El trasfondo político y la innegable convulsión social —que sigue empañando la historia de nuestro país— influyen en la producción creciente de los autores de la época. Fue el espacio de la denuncia y de las reivindicaciones colectivas. Acercarse a la producción nacional es bucear en la memoria y en las experiencias subjetivas de una época que promovió el pensamiento y los futuros escenarios revolucionarios. Por todo esto, el realismo literario es un punto de partida de larga duración; en el caso de la autora sujeto de la presente investigación, representa una salida y una transformación de importantes repercusiones.

El objetivo de este trabajo de investigación es revisar y contextualizar el pensamiento intelectual de Nela Martínez para rastrear qué imagen política y literaria se ha construido de la autora. Martínez cultivó una variedad de géneros, lo que orientó una lectura crítica e interpretativa de su producción. Así, me acerco a la novela *Los guandos* (1982), que escribió junto a Joaquín Gallegos Lara, y a los cuentos «La machorra» (1997), «Cuento de la tortura n.º 2» (1993) y «Cuento de la tortura n.º 5» (2001). He buscado entrecruzar sus experiencias y testimonios en *Yo siempre he sido Nela Martínez Espinosa* (2005) y en el epistolario *Vienen ganas de cambiar el tiempo* (Ortiz Crespo 2012) con el material literario de la autora. De esta manera evidencio cómo sus experiencias

y preocupaciones, tan presentes en sus artículos de opinión —recogidos en *Insumisas* (2012)— y a lo largo de su voz pública, perfilan el panorama de una subjetividad transformada y representativa de un quehacer con miras colectivistas.

Nela Martínez Espinosa nació en Cañar en 1912. Su infancia transcurrió en una hacienda en Coyocor, donde la naturaleza y el entorno social marcaron sus tempranas reflexiones, que la acompañarían a lo largo de toda su conciencia política. En varios pasajes de *Yo siempre he sido Nela Martínez Espinosa*, la autora describe la situación de los indígenas tras ser testigo directa de acciones violentas contra ellos. Hay que adelantar que la anécdota inicial de *Los guandos* parte de lo observado por Martínez en sus primeros años, cuando los indios eran utilizados para trasladar maquinarias, pianos, entre otros artículos, al servicio de las ciudades en vías de modernización. En este sentido, la autora es una totalidad que se construye a sí misma desde la mirada atenta e incómoda ante las desigualdades de una sociedad ecuatoriana cimentada en las opresiones a las clases menos privilegiadas.

En la escena política, Martínez fue la primera mujer diputada del país, en 1945, durante el tercer período presidencial de José María Velasco Ibarra. Hay que recordar su protagónica incursión e iniciativa junto a otras mujeres de las organizaciones de la Alianza Femenina Ecuatoriana (AFE), agrupaciones socialistas y sindicatos comunistas en «La Gloriosa», levantamiento que derrocó al presidente Carlos Alberto Arroyo del Río en 1944 y que, se creyó, enrumbaría a la nación hacia cambios estructurales significativos. Lamentablemente, estudios de la historia política del país no hacen referencia explícita al rol de las agrupaciones femeninas y del liderazgo que Nela tuvo en el Palacio de Gobierno para dirigir las acciones de un país en acefalía durante la revuelta (Martínez 2005, 83). A lo largo de su vida, Martínez formó parte de algunas agrupaciones sindicales y promovió la conquista de derechos laborales para las mujeres en el Código de Trabajo (67). Además, apoyó, junto a compañeras como Luisa Gómez de la Torre y Dolores Cacuango, la creación de las primeras escuelas bilingües de Cayambe.

Cuando Martínez conoció a Joaquín Gallegos Lara, tenía apenas diecisiete años. Sin embargo, su vida juntos los llevó a formar una de las parejas más icónicas de la historia intelectual ecuatoriana, en la cual ideales políticos e intereses comunes se fusionaron. Ese compañerismo

queda plasmado en el epistolario *Vienen ganas de cambiar el tiempo*. La larga comunicación que mantienen de 1930 a 1938 (antes de su matrimonio) evidencia el intenso intercambio intelectual y permite explorar la realidad histórica del país y las ideas de la militancia izquierdista. En largos párrafos, reflexionan sobre la liberación del indio, analizan al pensador peruano José Carlos Mariátegui y proponen alternativas enmarcadas en su ideología, que se sostendrá a lo largo de su trayectoria literaria y política. Tanto Nela como Joaquín comentan intensamente libros y autores ecuatorianos. Su ejercicio de críticos literarios va acompañado de situaciones de la vida cotidiana (enfermedades, dificultades económicas, asuntos familiares). Sin duda, las cartas son un emblemático testimonio de dos vidas cargadas de múltiples matices y de un fuerte vínculo imbuido de admiración mutua. He seleccionado fragmentos de algunas cartas para analizar los capítulos de esta investigación; es decir, trato de vincular algunas reflexiones e ideas a la medida de los elementos que voy analizando. Así, intento encaminar mi investigación hacia territorios de afinidad ideológica y de compañerismo intelectual, reduciendo la carga emocional y desligándola de la etiqueta exclusivamente afectiva con que se asocia a estos dos autores.

El capítulo primero está dedicado a la novela *Los guandos*. En un primer momento (1935), esta obra fue escrita por Joaquín Gallegos Lara, y quedó interrumpida hasta que Martínez la retomó y finalizó en 1982. En el epistolario se encuentran ideas sobre este proyecto que desde sus inicios fue concebido como una construcción a dos voces. Como ya mencioné, Nela relató a Joaquín la escena de cómo los guanderos llevaban grandes cargamentos sobre sus hombros. Esta realidad llamó la atención y es correlativa a la línea de interés temático del autor perteneciente al Grupo de Guayaquil. Los primeros ocho capítulos escritos por Gallegos Lara se inscriben en la tradición indigenista propia de obras emblemáticas como *Huasipungo* (1934).

En la revisión que hago de la segunda parte escrita por Nela, profundizo en las estrategias creativas de la autora, en la búsqueda de un tono poético que atiende las complejas psiquis de los personajes con rasgos de carácter contemporáneo. Martínez emprende una continuidad transgresora al retomar una narración que en su mano se sale del estatuto realista. Miguel Donoso Pareja (2002, 129) incluye una breve referencia a la novela en *Nuevo realismo ecuatoriano*:

[E]l tipo de escritura que utiliza Nela Martínez en la «continuación» —así, entre comillas— de *Los guandos* procede de un aceleramiento evolutivo y no de una simple voluntad de «actualización histórica». Lo primero es el resultado de un cambio en la realidad (textual y contextual) de la que emerge el producto, y lo segundo, de una «puesta a la moda». Desde luego, en la expresión de Nela Martínez hay modernidad, pero esta se encuentra integrada a la estructura temática, no superpuesta, como en muchos casos en que la actualización histórica (en su sentido literario) es un falseamiento...

Donoso, además, destaca la autonomía de la voz de Martínez, que logra universalizar la lucha del indígena (131). Esto es posible de seguir en lo que ella llamó «el ciclo de la desconquista», en el que la autora sitúa a Pablo Faicán, protagonista indígena, líder de comunidad y que a lo largo de su caminar se reencontrará con dirigentes claves en su recorrido insurgente (como Jesús Gualavisí). A lo largo de mi análisis doy cuenta también de lo que denomino «poética de la insurgencia»: una vía que consolida el proyecto emancipador indígena. De cierta manera, *Los guandos* nos acerca al ánimo revolucionario que se concreta en el gran levantamiento indígena de 1990.

En el segundo capítulo me centro en el mundo militante de Nela y contextualizo el horizonte de sus luchas colectivas. Hago referencia a las principales agrupaciones en que participó. Aquí me refiero a su afiliación al Partido Comunista y a la situación de la mujer dentro de esta estructura. La AFE (1938) y posteriormente la Unión Revolucionaria de Mujeres del Ecuador —URME— (1962) nacieron de la emergencia de promover la lucha de las mujeres en la participación política, conscientes de la activación colectiva femenina. El país necesitaba una organización de mujeres que fuera capaz de responder, políticamente y en la acción, a los requerimientos históricos de la patria: «Nuestra sociedad, basada en el derecho patriarcal de raíces feudales [...] había hecho de la mujer ecuatoriana una paria; al concederle el derecho al voto levantó, simultáneamente, más barreras de prejuicios e intereses inconfesables para limitar su acción cívica» (Martínez 2005, 113).

Selecciono asimismo dos artículos periodísticos en los que Nela describe y denuncia la desigual realidad de las mujeres obreras y las madres entre 1963 y 1997. Destaco aquí el rescate histórico de Manuela Sáenz, tarea a la que Martínez dedicó parte de su lucha, al convertirla

en la imagen emblemática del Frente Comunitario de Mujeres. También recojo algunos aspectos analizados por Rosemarie Terán (2012, 11) en el estudio introductorio de *Insumisas*, centrado en la relectura de los trabajos académicos de Martínez para evidenciar «las condiciones de desarrollo de su sensibilidad social y de los ejes fundamentales que configuran su pensamiento». Dado que Nela se distanció del Partido Comunista —que mantuvo inalterable su estructura androcéntrica— para optar por unas prácticas emergentes de la acción de las mujeres, es válido hablar de un giro epistemológico respecto del racionalismo tradicional como eje de la ortodoxia partidista. El trabajo crítico que realiza Terán permite releer el pensamiento político de la izquierda ecuatoriana y el contexto en el que Nela hace su producción teórica.

En *Nela Martínez: Nuevas lecturas de su escritura y militancia*, utilizo herramientas del análisis literario y, a través de una lectura crítica, pongo en evidencia las estrategias discursivas y móviles de construcción teórica de la autora ecuatoriana. La lectura de sus principales pronunciamientos me permite percibir una clara conciencia de género en el despertar de la conciencia feminista (aunque no se autodeterminaba de esta manera). Por lo tanto, utilizaré conceptos de la teoría feminista para analizar su producción ensayística y acción social buscando dar cuenta de la pregunta de investigación: ¿en qué medida la revisión teórica y crítica de la obra de Nela Martínez permite su contextualización con respecto a la praxis y el pensamiento político de su época, al tiempo que evidencia un giro epistemológico en sus formas de actuar y de escribir?

CAPÍTULO PRIMERO

NELA MARTÍNEZ, NARRADORA DEL «CICLO DE LA DESCONQUISTA»

Vale preguntarse por las motivaciones que llevan a escribir una novela. Joaquín y Nela habían escrito cuentos dentro del formato realista que era la vía de expresión de los escritores de la Generación del 30. Probaron la eficacia económica y precisa del relato corto, dibujando personajes con rasgos ahorrativos, poniendo en sus labios escasas palabras, asomando al lector a bocetos de vida psíquica. Primero fue Gallegos Lara quien experimentó el empuje hacia el relato caudaloso que dejó esbozado en esos ocho capítulos que entregó a su compañera. La intuición de que en el testimonio oral que recibió de Nela sobre los indígenas guanderos germinaba la semilla de una gran ficción fue acertada y poderosa. Pese a que para 1935 él todavía no había escrito *Las cruces sobre el agua* (1946), sabía que solo una novela puede contener una épica completa, que era lo que necesitaba el tema.

Una novela se ramifica en historias menores, da cabida al juego de las oposiciones, puede alargarse en paisajes y, a base de pausas y hasta digresiones, permite todos los colores de un tejido múltiple. La tradición y la ruptura pueden darse en ella. Lo exterior cuenta, pero recoger los elementos de la psiquis resulta fundamental para que los personajes tengan vida propia. Sin una planificación previa, esta tarea se reparte

entre dos escritores con cuarenta años de distancia en el tiempo. Experiencia única de la literatura ecuatoriana. La escritura de *Los guandos* es modélica respecto de lo que puede hacerse cuando dos conciencias están próximas en convicciones ideológicas y literarias.

Nela Martínez casi duplicó en años la existencia de Joaquín. Pasó un avatar partidista, coyuntural e histórico complejo, y tomó decisiones políticas inspiradas en el género. Planteó la autonomía de las mujeres, encontró en las lideresas indígenas que el camino de la liberación de los pueblos sojuzgados también había sido abierto por mujeres pioneras. Todo eso fue a parar a la parte de *Los guandos* que escribió con una iluminación más allá del realismo. Con la sonoridad del quichua en los oídos. Con el paso caminador por campos y chaquiñanes. Sus protagonistas indígenas son verosímiles, profundos, humanos. Levantan el vuelo que quedó sugerido por Joaquín. Por eso, las dos tramas se ensamblan y son diferentes, una detrás de la otra. No hay deseo de imitación ni de fusión. Como dijo Nela, se transubstancian y construyen una unidad marcada por la visión futurista de un horizonte amplio y libre. El pueblo indígena ecuatoriano sigue hoy la marcha que está en las páginas de esta novela que puso juntos, para siempre, los nombres de Nela y Joaquín.

LOS GUANDOS: CAMINOS QUE SE BIFURCAN

Dos momentos. Dos posibilidades. Entablar un diálogo con la obra literaria es deshilar su trama oculta. Si bien es posible sumergirse en la potencia de los gestos creadores, también es innegable que situar la realidad de una novela es transitar por las múltiples disputas del hecho creativo. Qué móviles invisibles se inscriben en este camino de constantes encuentros. Hilos que tejen subjetividades. Hilos que unifican vidas cercanas. Hilos que convierten la ficción en la constancia de un quehacer colectivo y de la materialidad de la memoria compartida.¹ Son estas formas de percibir la travesía literaria las que me permiten pensar

1 Adapto la definición de Pierre Bourdieu para pensar en el artefacto libro como extensión de la memoria y su huella material. De allí que *Los guandos*, escrita a dos manos, se piense también en lo que Nela comparte con la memoria colectiva: «Cosecha, a la hora precisa, antiguas siembras» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 93).

en *Los guandos*, escrita por Joaquín Gallegos Lara² en 1935 y continuada por Nela Martínez en 1982,³ como la fusión de registros afectivos y convicciones políticas. Al tratarse de un proyecto literario escrito en diferentes momentos, es posible captar una estructura narrativa que exhibe móviles, horizontes y convicciones ideológicas comunes, pero que, a la vez, presume de una estilística diferenciadora que comprueba la vitalidad del acto creativo en su capacidad de reactualizarse. Las voces de los autores perfilan el testimonio colectivo de hechos históricos que problematizan la realidad del indígena, la doble mirada sobre el ejercicio narrativo convertida en un quehacer epistémico que ahonda también en lazos simbólicos. Pienso en la camaradería y admiración mutua entre esta pareja que, aunque rompió su vínculo sentimental, mantuvo siempre una proximidad emocional, ideológica y literaria que es visible en la idea de que Joaquín confiara a Nela sus páginas iniciales y esperara de ella alguna decisión que salvara para siempre esa específica novela.

El proyecto literario de *Los guandos* queda revelado en el epistolario entre Gallegos Lara y Martínez de 1933 a 1937.⁴ En la carta del 13 de enero de 1935, Joaquín describe a breves rasgos el proyecto de la novela y solicita a Nela algunos datos que lo ayuden a complejizar la estructura de su proyecto literario:

Le decía que acepto su ayuda de ternura; mas pido otra: necesito aún muchos datos para *Los guandos*. ¿Podrá enviármelos? En mi carta próxima le diré en concreto lo que deseo. Si quiere, desde ya, puede enviarme cuantos

- 2 Joaquín Gallegos Lara muere en 1947 y el manuscrito de la primera parte desaparece durante cuarenta años, según el prólogo de *Los guandos* en la edición de 1982, escrito por María Arboleda. Martínez (2005, 150) comparte en su autobiografía: «Estoy convencida de que la tarea más grande que emprendí en cuanto a escritura fue la de *Los guandos*».
- 3 La segunda parte de *Los guandos* incorpora la carta que le envió Joaquín Gallegos Lara: «Nela: Allí va todo lo que hay escrito de *Los guandos*. Está en un caótico desorden. Será preciso que lo arregles, además de que lo corrijas. Ignoro hasta qué punto tenga valor todo esto. Te pido una cosa, si no te molesta. Regálame tu cuaderno manuscrito de poemas» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 87).
- 4 Nela y Joaquín Gallegos Lara se conocieron en 1930 en Guayaquil. A partir de ese encuentro mantuvieron un intercambio que registra el pensamiento político y militante de la época. La correspondencia surge en el período más animado del realismo, con una izquierda que abogará por los cambios en la matriz organizativa del Estado.

crea útiles, sabiendo qué es i cómo es la novela. ¿Sabe? Para suplir mi desconocimiento de ciertas cosas indias, también para no seguir la senda ya trillada de *Huasiungo*, evitaré el carácter agrario, pintaré Cuenca, cholos, gamonales i sus familias, i ese semiproletariado de dueños de parcelitas de los alrededores de la ciudad que salen a trabajar en ella ciertas épocas del año, i entre el que (según datos de Manuel M. Chugo i de César Malina) se reclutaba preferentemente a los guanderos. Tengo 37 cuartillas escritas. Calculo que serán unas 180 o 200. Son cuartillas iguales a estas en que te escribo i dan página i media o 2 páginas de libro. ¿Qué le parece? Comente, sugiérame. Lo necesito. (en Ortiz Crespo 2012, 328)⁵

Los indígenas aportan, en su calidad de esclavos del feudalismo y posteriormente del latifundismo, la mano de obra que siembra las semillas de la tan anhelada modernidad.⁶ Comprender el primer universo de *Los guandos* es pensar también en el fallido horizonte pos Revolución Juliana, donde los intelectuales de izquierda, y sobre todo Joaquín, tuvieron protagonismo. Una de las mayores tensiones políticas y organizativas del Estado ecuatoriano⁷ subyace en el proyecto novelístico de Gallegos Lara: la situación del indígena, campesino y obrero. El autor ubica su ficción en la primera mitad del siglo XX. La literatura ecuatoriana transcurre en un panorama político convulso, inmiscuida en la aureola de la transformación social. Las huellas de la Revolución Liberal, la huelga obrera del 15 de noviembre de 1922, el golpe de Estado del 9 de julio de 1925 son la constatación de los detonantes colectivos que surgen en esta época. Si la Revolución Liberal sembró las

-
- 5 Alfonso Ortiz Crespo es el coordinador editorial de *Vienen ganas de cambiar el tiempo*. En las citas me referiré a las cartas que escribieron los dos intelectuales.
 - 6 Enrique Ayala Mora (2002, 33), en el tercer volumen de *Historia de las literaturas del Ecuador*, menciona: «Conforme el poder estatal oligárquico terrateniente fue consolidándose, aumentaba la legislación represiva y se sentía su presión sobre las tierras y la vida comunal de los indios, la protesta y la violencia también fueron elevándose».
 - 7 El intercambio epistolar entre Joaquín y Nela se lee a la luz de los cambios ideológicos y de los proyectos socialistas: «La represión de cabecillas indígenas en Cayambe fue un claro indicio de que el último gobernante de la Revolución Juliana no permitiría [...] las expectativas, abiertas por la reforma y el marco constitucional de 1929 [...]. La Revolución Juliana, y con ella la visión del Partido Socialista como agente transformador, parecía haber terminado y a Joaquín le angustiaba pensar cuál sería la nueva fuente de la revolución por fuera del marco de las reformas» (Coronel 2012, 403).

bases para aspirar a cambios de estructura organizativa, conquistas de derechos y libertades antes impensables en el Ecuador conservador, será también el tiempo para teorizar, desde un despertar intelectual, en el reconocimiento del fracaso de los ideales revolucionarios:

[Nela y Joaquín] asocian los productos reformistas y demócratas del socialismo a la falta de solidaridad, en última instancia, con las organizaciones campesinas, las observan como intervenciones de élite en el Estado y el arte, las instituciones liberales, pero no en el trabajo popular. En este sentido, Nela comparte con Joaquín lo que observa del último período juliano; se cerraban las puertas abiertas para la participación indígena. Ahora les daba la espalda, mientras los intelectuales socialistas usaban la imagen del indio en su literatura. (Coronel 2012, 404)

Por todo esto, no es casual que en la década de los 30 el talante totalizador de la novela la consagrara como ejercicio de pensamiento (Compagnon 2008, 65). En *A la Costa* (1904), de Luis A. Martínez, se perfilaban los rastros de una narrativa inmiscuida en un ambiente de transición política y revolucionaria, pero no será sino hasta 1930 cuando *Los que se van*, los cuentos de Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert y Joaquín Gallegos Lara, inauguren un estilo expresivo con claras miras sociales. Muchas son las voces que han destacado la importancia del movimiento de la Generación del 30, y dentro de él, al Grupo de Guayaquil. Hay quienes confirman la maestría narrativa, el posicionamiento de un modo narrativo sólido y la clara distancia con los movimientos literarios anteriores.⁸ La literatura del 30 es también el lugar para mirarnos a nosotros mismos:

El realismo del treinta aporta un vasto y rico conjunto simbólico que problematiza el paradigma étnico del imaginario de nación mestiza. Lo hace estallar en el reconocimiento de una población heterogénea. Esa pluralización étnica del imaginario de nación se resuelve de maneras diferentes en las novelas [...]. [E]n algunos casos el protagonismo de personajes montuvios o cholos supone, a la vez, el reconocimiento de un complejo entramado cultural que lo define. (Ortega 2017, 44)

8 En *La gran literatura ecuatoriana del 30*, Jorgenuique Adoum (1984, 37-8) destaca: «Benjamín Carrión, su primer defensor, lo llamó “libro anunciador”; Pareja, “hito de partida”; Cueva, “inicial de la edad de oro del relato ecuatoriano”; Rodríguez Castelo dice que “puso en marcha el más poderoso movimiento de la literatura ecuatoriana del siglo XX”».

LA SENDA DE JOAQUÍN

En 1935, Joaquín Gallegos Lara ya había compartido con Nela Martínez el manuscrito con los ocho capítulos que alcanzó a escribir. En ellos, la novela presenta la problemática inicial: el traslado de la máquina hidroeléctrica que está en Mindo, en la provincia de Pichincha, a la de Cañar; los primeros matices y ambivalencias del protagonista, Roberto Recalde, terrateniente encargado de organizar los guandos y montar la red de explotación de los indígenas. La novela arranca con el deseo del protagonista de proveer de «progreso» y «modernidad» a la ciudad de Cuenca, sitúa a los indígenas como sujetos subalternos y vidas útiles en la medida que sus cuerpos sirvan para llevar adelante la tarea de guanderos.⁹ Los pasajes de esta primera parte describen cómo se obligaba al indio a despojarse de su territorio y su familia e ir en contra de su voluntad para estar al servicio del amo terrateniente. En el capítulo tres, la acción se centra en reflejar cómo obligan a los indígenas a trabajar en los guandos. Miguel Recalde, padrino del protagonista, irrumpe junto al teniente político Ramón Llerena en Ingachaca, donde por medio de humillaciones y gritos acorralan a los habitantes de la comunidad:

—Nu hi de cujer, amitu... Nu pudindu ir...

—¿Qué no puedes ir? No friegues vos.

—Dará murindu huambritu... ¡Runas así hai!

Abría las manos indicando el número de los que irían. Quería convencerlo, insistía con un acento de ronca súplica en la voz. En su cara se reflejaba una resolución animal, angustiada. El pelo se le pegaba a la frente y a las sienes, mojado de sudor. Le caía lacio el poncho sobre el cuerpo. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 37)

La escena es una muestra de la alianza entre autoridades y terratenientes, que dispone del indio a su conveniencia y a favor de un modelo de

9 El guando es el transporte de grandes cargas en andas sobre los hombros. Los indígenas han sido los únicos guanderos en el país (Ortiz Crespo 2012, 308). Esta realidad no pasó inadvertida para las corrientes indigenistas y suscritas al realismo social. El pintor lojano Eduardo Kingman plasmó en el cuadro *Los guandos* (1941) una escena donde se observa a figuras humanas trasladando pesos descomunales. Sus coloridos ponchos contrastan con la expresión de dolor y angustia de sus rostros. A un extremo del cuadro resalta el capataz con el látigo.

producción capitalista. Los mecanismos de sumisión que revela la obra sugieren las inhumanas condiciones de vida del indigenado, sus relaciones de dependencia con respecto a los terratenientes y la explotación laboral a la que ha vivido sujeto hasta la primera mitad del siglo XX:

Has de ir, *runa* desgraciado, ¡o te llevarán arrastrando! [...]. ¡Toditos ustedes, roscas gran putas, salen con que están enfermos, con que les va a parir la *huarmi* o con que tienen que cortar la alfalfa! ¡De Ingachaca ‘mos de sacar siquiera noventa, para ver el resto en Quingeo o en el mismo Tarqui! ¡Y vos sos el noventa! (38)

La realidad expuesta en este apartado condensa lo que alguna vez escribió Juan Montalvo (1888, 206-7), a modo de breve radiografía de la condición del ser indio en Ecuador:

El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante... El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmunancias: el alcalde le coge, para mandarle con carta a veinte leguas: el cura le coge, para que vaya por agua al río; y todo de balde, sino es tal cual palo que le dan, para que se acuerde y vuelva por otra. Y el indio vuelve, porque ésta es su condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo a su verdugo: *Diu su lu pagui* [...]. Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado «El Indio», y haría llorar al mundo.

Pablo Faicán y Simón Mayancela son los indígenas protagonistas de la primera parte de *Los guandos*,¹⁰ y simbolizan las características del hombre de la tierra, sus luchas y el inevitable destino de explotación. En ellos, Gallegos Lara singulariza «los miedos heredados de cientos de abuelos perseguidos i apaleados, trabajando casi quince horas diarias sin comer» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 40). Pablo Faicán abandona la comunidad y a su mujer en pleno alumbramiento del primogénito Lázaro, para huir con los papeles oficiales que los legitima como dueños de la tierra que les pertenece, mientras que Mayancela deja a su mujer y sus cosechas. Algunos pasajes de la obra sirven para comprender la abrupta llegada de los «dueños del capital» a las comunidades, con el fin

10 En la segunda parte, Nela Martínez se concentra en la figura de Faicán, lo hace el portador de lo que ella denomina «el ciclo de la desconquista» y que desarrolla en el tercer apartado de este capítulo.

de servirse de ellas. En un claro ejercicio de poder, la primera parte de *Los guandos* recrea cómo operan quienes están en la cúspide: mientras las mujeres reciben el dinero, los hombres son reclutados para ir en contra de su voluntad a realizar el trabajo de carga. Sentimos junto a Mayancela la angustia ancestral del temor a la explotación, de ser víctimas del trabajo inhumano, y el irrenunciable destino de fatalidad al que son expuestos: «Sólo al oír decir botan plata había comprendido. Era algo que había visto desde *huahua*. Del centro, los blancos i las autoridades venían a regar dinero. No era regalado. Un día o dos más tarde había que ir. Era a cargar, a llevar grandes pesos o a traerlos» (54).

Hay que tener en cuenta el lenguaje de *Los guandos* en su función de incorporar al cosmos opresivo las tensiones entre el hombre del campo y el hombre de la ciudad. La condición indígena acoplada a una especie de *enajenación* discursiva, tomando el término de Frantz Fanon,¹¹ para complejizar el tejido descriptivo donde el indio es despojado de su entorno, de su dedicación a la tierra y medios de supervivencia. Por otra parte, los dueños terratenientes reafirman sus métodos de dominación a través de representaciones que cosifican al indio. El autor utiliza un lenguaje que recrea el constante ejercicio de poder entre los protagonistas, a base de insultos, mofas y expresiones de devaluación y menoscabo, como si se tratase de mostrar la interferencia constante entre el hombre del campo y la ciudad.

En la versión de Gallegos Lara, las descripciones ofrecen la visión de una sociedad que irrumpe constantemente en la libertad de los individuos: seres sitiados por los roles que deben cumplir en función de una sociedad capitalista.

LOS CUADROS DE EXPLOTACIÓN: LA MANO DE NELA

Nela Martínez hereda en *Los guandos* una marcada estructura y delimitación de los escenarios de la historia. Es evidente su deseo de alejarse de obras indigenistas que ofrecen la «trillada senda» (Ortiz Crespo

11 Frantz Fanon (2017, 89) se refiere a prácticas que deshumanizan culturalmente al *otro* que se encuentra en permanente despojo: «El racismo, lo hemos visto, no es más que un elemento de un conjunto más vasto: el de la opresión sistematizada de un pueblo». Más adelante, continúa: «El opresor, por el carácter global y tremendo de su autoridad, llega a imponer al autóctono nuevas maneras de ver, singularmente un juicio peyorativo en cuanto a sus formas originales de existir».

2012, 318) de una narrativa que presentó a los indígenas como seres sin pensamiento propio, que bajaron la cabeza frente al látigo del amo, fuera este patrón o cura. Por tanto, buscó crear una literatura que reflejara el afán ideológico de los dos escritores.

En la génesis de *Los guandos*, el protagonismo de Nela es innegable. El quehacer creativo de ambos escritores ilustra un ejercicio epistemológico a dos voces, que además permite pensar en una apuesta diferenciadora. La concepción de una voz plural donde la figura del único autor queda deshecha. Incorporar la experiencia de Nela es pensar en estrategias que van en la búsqueda de un método —en este caso, literario— para ficcionalizar. Se visibiliza la realidad social del indio, ubicada por ellos desde una perspectiva crítica y lejos de las sobreactuaciones del indigenismo ecuatoriano que ya habían criticado en *Huasipungo*.¹² Contar a dos voces se distancia de formas narrativas consagradas. Recorre el lugar de la memoria como móvil colectivo. Hay que tener en cuenta que *Los guandos* emerge de una escena de la niñez narrada por Nela Martínez a Joaquín, en la que observaba a los indios como animales de carga de objetos cuyos destinatarios mayores eran las familias acomodadas en una ciudad con miras a la modernización. «A lomo de indio»¹³ se construye la promesa de desarrollo económico y de bienestar que gozarán los sectores dominantes.

Los guandos de Nela y Joaquín es una desviación en los caminos habituales de la construcción androcéntrica del conocimiento. Restituye los saberes de la memoria colectiva y la potencia de las vivencias que se construyen en los márgenes. Dar paso a dos autores es pensar en las prácticas que Sandra Harding (1998, 6) analiza en los procesos de la investigación feminista: «Reconocer la importancia de las experiencias femeninas como recurso para el análisis social tiene implicaciones

12 Nela se refiere así a *Huasipungo*, de Jorge Icaza, escrita un año antes de *Los guandos* de Joaquín: «El paisaje que inventa (el suyo es un paisaje estrictamente funcional), tosco y sin adornos como los personajes que retrata, tenso como la situación» (en Ortiz Crespo 2012, 88).

13 En su autobiografía, Martínez (2005, 151) relata: «En esta novela pude recuperar toda la verdad histórica sobre la cual había oído contar y había vivido, en parte, en la provincia de Cañar; esa verdad que era necesario decir en alta voz y con todas las palabras; esa verdad sobre las que se hicieron las ciudades interiores de Ecuador, que acumularon sus grandes tesoros “a lomo de indio”».

evidentes para la estructuración [...] de la vida social en su totalidad». Nela da un paso más adelante que Joaquín en *Los guandos*: observa a sus personajes desde adentro, intuye la transformación, reconoce la vitalidad del entorno: campo y tierra como símbolos de las luchas futuras, cristalizadas en el primer levantamiento indígena de 1990. La formación de una nueva «mismidad» en el personaje de Pedro Faicán —cuyo perfil desarrollaré en el tercer subapartado de este capítulo— es la alegoría del ímpetu transformador de la realidad política y económica ecuatoriana del indígena. Inspirado en Liberato Tenesaca, líder indígena que Nela trae de su niñez (Gallegos Lara y Martínez 1982, 152), Faicán guarda los documentos que demuestran que su comunidad es la legítima dueña de la tierra. Este segundo momento de *Los guandos* se perfila en la línea inserta en las pequeñas realidades, trazada en las luchas de líderes comunitarios indígenas. La novela activa la memoria-homenaje en las voces anónimas y colectivas. Rastrea en la *raíz afectiva* sus vínculos con el universo indígena, decide trasladar sus recuerdos infantiles al universo que recrea en la ficción. Así lo explica en el prólogo de la segunda parte:

Hasta ahora nos hemos detenido en sus guerras perdidas, no en su resistencia; en la opresión, no en su insurgencia ni en sus mecanismos de defensa; en la lucha por la tierra, pero no en lo que su tierra, matriz protectora, significa para su supervivencia. Olvidamos que, presente la lucha de clases en sus reclamos, hay lavas de siglos inflamándole el ánimo. Además, llena de espíritu creador, la cultura del oprimido nos identifica a todos, más allá de su propia comunidad, de su propia nación discriminada. (98-9)

El interés de Nela —como se verá más adelante— privilegia la realidad del indio, su conexión con el entorno, y dota de una potencia discursiva —lejos de toda apropiación— al corpus de la historia. La autora arranca el primer capítulo de su participación en la totalidad del libro, después de los ocho capítulos de Joaquín Gallegos Lara, situando sus primeras palabras entre el páramo y la memoria. Hay un inventario de imágenes relacionadas con el trabajo de carga de los guandos y alusivas a la implantación del ferrocarril Guayaquil-Quito en 1899. A modo de montaje, la narración del primer capítulo de esta segunda parte dará una visión de los irreparables sucesos trágicos y de explotación en la construcción del paso de la Nariz del Diablo. Las voces de indios,

negros y campesinos se conjuran para congregar la memoria y la herida invisible:

Con este motivo vuelve la historia del ferrocarril a la boca que repite el estallido de la pólvora, la actividad del enjambre sobre el lomo de la cordillera, el paso de los fantasmas que luchaban en los fangales contra miríadas de mosquitos y mínimos enemigos desconocidos mortales. (103)

A diferencia de Joaquín, Nela propone una voz en primera persona que se irá transformando en el despertar de una conciencia propia y reivindicativa. No es casual que el primer capítulo de *Los guandos* de 1982 junte las voces de los excluidos. Junta los cuerpos. Junta las marcas de opresión. Junta los silencios: «La historia camina también sin palabras. Se fija en la memoria, en el destino. Nunca más el que se desprendió de mi cuerpo dividido» (105). Hay que destacar la intención de Nela de abandonar toda representación pintoresca del indígena: en el uso del lenguaje, la autora se aleja de las reproducciones o imitaciones de los modos de habla e intencionalmente desborda una *poética del entendimiento y la insurgencia*.¹⁴ «Hay el consciente abandono del ritmo del diálogo, que no es común al indio. No hay tampoco la utilización del castellano fragmentado o deformado, con el que se solía acondicionar la autenticidad del indio» (98).

Hay una potencia colectiva de liberación del indígena que Nela construye desde el capítulo seis con la presencia de Pablo Faicán,¹⁵ protagonista de la resistencia, quien simboliza la organización comunitaria de los sectores oprimidos por siglos en el contexto ecuatoriano: «Buscamos una alternativa real y definitiva a nuestra situación de opresión y explotación. Y esta búsqueda es una contribución para la nueva sociedad que será construida juntamente con los otros sectores populares del país» (Confederación de Nacionalidades Indígenas [CONAIE], en Cartuche 2020, 27).

14 Propuesta que desarrollaré en el cuarto subapartado de este capítulo, donde me centro en la potencia poética de la novela y su función de acompañamiento del ciclo de la desconquista.

15 El personaje principal, líder de la comunidad, denomina al proyecto emancipador en el ciclo de la desconquista, que aparece en el capítulo nueve junto a María Duchicela.

Los guandos de Joaquín Gallegos Lara presenta los mecanismos de explotación, el ejercicio de poder constante que los terratenientes utilizaban para obligar a los indios a cumplir con los intereses económicos y políticos. Como ya he mencionado, la novela anuncia la problemática inicial y estructura la red de dominación que desarrolla la historia. Sitúa a Roberto Recalde en la cúspide de la pirámide social, a manera simbólica, mientras que los indios como Pablo Faicán y Simón Mayancela serán los personajes subalternos, alegoría de la vida precaria y destinada al vasallaje irrenunciable: «Decían que era un *guando* enorme, un bien público, que todo el mundo tenía que ir i que, si no el gobierno obligaría, metiendo a la cárcel i quitando a los *runas* siembras y animales» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 55).

No hay que desconocer que en 1931 se funda el Partido Comunista Ecuatoriano (PCE). Gallegos Lara y Martínez son militantes activos y se mueven entre varias agrupaciones de trabajadores y sindicatos. *Los guandos*, en este primer tiempo, está rodeada contextualmente de ideas, reflexiones sobre la unidad partidista, críticas y estrategias organizativas que se reflejan en las cartas de los dos intelectuales. El entusiasmo y la apuesta por una escritura que quiebre cualquier verticalidad tradicional y que se ocupe del personaje en sus reales facetas se evidencian en una de las cartas que Joaquín envía a Nela en 1930. Claro está que podría tratarse también de la *Biografía del pueblo indio* escrita por él en 1935, pero publicada póstumamente, al igual que *Los guandos*, en 1982. El llamado a Nela para que se encargue de la continuación literaria hace pensar en la concepción de la novela que Martínez concluirá 47 años después:

¿Sabes Nela que preparo ya las bases sociológicas en que se ha de fundar mi libro que escribiré contigo cuando vaya a la Sierra? Un libro indio. El primer libro indio que se habrá hecho en nuestro Ecuador. Un libro nuevo. Pero no será con mi nombre solo que aparezca. Lo escribiremos i publicaremos juntos. Contendrá de todo. Ensayo; cuento; crónica... Lo más que se pueda. Por allí Serafín del Mar i Magda Portal tienen un libro de poemas unidos. Esto será otra cosa. ¿Qué dices? (en Ortiz Crespo 2012, 50)

Para Nela, *Los guandos* anuncia el renacer colectivo y necesario que se consolida en el proyecto político indígena. Además de continuar con la historia de Gallegos Lara, asistimos a las reflexiones de Pablo Faicán y

el proyecto emancipador que se teje a lo largo de la trama. La negación, rebeldía del personaje, su *errancia* a lo largo de los capítulos, su caminar (tan visible en las futuras marchas indígenas) marcan el eje central de *Los guandos*, donde podemos pensar en las *prácticas decolonizadoras* que desmarquen al sujeto de nuevas formas de subordinación.¹⁶

No es gratuito que Nela, en el prólogo de la segunda parte del libro, se refiera a un proceso de «transubstanciación en dos tiempos», idea que conduce a integrar el quehacer ideológico e intelectual de los dos autores y que se materializa en la obra escrita conjuntamente. Hay que tomar a «estos guandos —carga inmensa— [que] van sobre la espalda de dos vidas» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 96) como la metáfora para comprender los procesos de producción de una obra que revisa la sujeción colonial —casi innata— del indio, cuya comprensión también revela las múltiples opresiones de las clases consideradas inferiores.

Al igual que Joaquín Gallegos Lara, Nela es una convencida de las luchas por los derechos de los indígenas; ayudar a su camino de construcción y conquistas será la única forma de que la rueda de la política ecuatoriana tome otro rumbo. En este sentido, la literatura parecería ser la plataforma para la materialización de las propuestas que tienen resonancia en *Los guandos*. Nela recoge la intención primaria de Gallegos Lara y entreteje las condiciones de vida; la polifonía inicial de su texto señala los caminos de transformación que se reflejan en el capítulo uno y que creará en los capítulos siguientes:

Otras veces, indio y montuvio juntos, o negro que no alcanzó a sostenerse, rodaban en el abismo mientras paraban los motores y un temblor del fin del mundo, ya anunciado, desde que el tren de Alfaro llegó a la Sierra, se entraba hueso adentro. (108)

Superadas algunas de las búsquedas fundamentales de los escritores de las décadas del 30, la propuesta de Nela de 1982 se mueve en la escritura de los afectos hacia el mundo indígena y en la intención de perfilar personajes autónomos, ligados a sus luchas y vida rural. Podríamos decir que sella en *Los guandos* su admiración hacia el mundo indígena.

16 Utilizo la propuesta de Silvia Rivera Cusicanqui (2010) para pensar en el marco del ciclo de la desconquista como una práctica transformadora y que nace del colectivo indígena, lejos de categorías impuestas estatalmente.

LOS PERSONAJES: RETRATOS DE MASCULINIDAD

Rita Segato utiliza el concepto de «prehistoria patriarcal de la humanidad» para caracterizar los procesos que han estado incorporados en la estructuración de las sociedades premodernas. Se trata de estrategias ideadas para configurar el universo masculino. Dicho modelo operante sujeta a los individuos para homogenizar hechos que corresponden a las escenificaciones propias de su género. La existencia de conductas¹⁷ establecidas para ser partícipes del mundo masculino es el soporte de una red de opresiones. Una confrontación de fuerzas captadas para perpetuar el dominio en oposición y subalternidad:

Esta masculinidad es la construcción de un sujeto obligado a adquirirla como *status*, atravesando aprobaciones y enfrentando la muerte —como en la alegoría hegeliana del señor y su siervo—. Sobre este sujeto pesa el imperativo de tener que conducirse y reconducirse a ella a lo largo de toda la vida bajo la mirada y evaluación de sus pares, probando y reconfirmando habilidades de resistencia, agresividad, capacidad de dominio. (Segato 2012, 15)

Dar con ello significa discutir escenas basadas en el dominio, la violencia y la desigualdad social, que configuran a las sociedades latinoamericanas que son producto de la estrategia colonizadora. Traer a discusión la realidad que se conforma en torno al género jerarquiza la mirada sobre las distintas formas de poder y reparto de la sujeción colonial, donde las categorías binarias son centrales para mantener la estructura capitalista y colonial en la interseccionalidad raza, género y sexualidad. La propuesta de Lugones (2008, 105) introduce «el sistema moderno, colonial de género como un lente a través del cual continuar teorizando la lógica opresiva de la modernidad colonial, su uso de dicotomías y de la lógica categorial», para analizar las diversas realidades de América Latina. De acuerdo a estas líneas, *Los guandos* de Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez nos conduce a una relectura de las capas

17 La autora propone el concepto «pedagogías de la crueldad» para referirse «a todos los actos y prácticas que enseñan, habitúan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas» (Segato 2019, 27). Se acostumbra a los individuos a convivir y habitar espacios donde la violencia es normalizada, sin pasos para la empatía y la conmoción.

de opresión que son visibles en relación con los objetivos de producción y progreso de las urbes modernas. La novela sitúa la acción central en el traslado de la maquinaria hidroeléctrica de Mindo hacia Cuenca, para dotar a la ciudad de energía eléctrica. En el intento de modernización, asistimos a una serie de prácticas de dominación y despojo sobre los indígenas que son utilizados como guanderos. Dichas prácticas son ejercidas por terratenientes, autoridades e instituciones que representan a las esferas dominantes de poder. Propongo una mirada que se encamine a examinar ciertos arquetipos masculinos y a visibilizar el tejido de masculinidad¹⁸ que subyace en la concepción de los personajes principales: el dueño de la maquinaria, Roberto Recalde, y los indígenas Simón Mayancela y Pablo Faicán. A través de ellos, percibo la puesta en práctica de una *masculinidad funcional*¹⁹ dinámica, heterogénea y que incide en la fuerza discursiva del corpus narrativo.

TRAS EL IDEARIO MASCULINO

Del capítulo uno al ocho, Joaquín Gallegos Lara centra las acciones en el protagonista Roberto Recalde, hombre de clase acomodada caracterizado como un ser ambivalente. Por un lado, tiene que cumplir el rol protector, el del hijo mayor dedicado a la familia (resolver el conflicto de Berta, la hermana adicta a la morfina), y debe conseguir un perfil público con claro objetivo de ascenso social a través del matrimonio con una mujer de clase alta: «He pensado algo que a la vez nos dejaría dinero. Yo necesito casarme a fin de año. Como usted sabe, los padres de María Luisa me han hablado. No puedo, mismo, dejar pasar más tiempo» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 25). Y por otro lado, se

18 La masculinidad como un aparato de dominación efectiva dentro de una estructura social. Robert Connell (1997, 12) utiliza el término *hegemonía* (adapta el concepto de Gramsci) para referirse a la configuración de una práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, y que garantiza (o se toma para garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres.

19 Añado «funcional» basada en la relectura de Mónica de Martino (2013, 296) sobre pensar en *estrategias de masculinización* que se expresan en varios *habitus* (Bourdieu): «[P]ráticas sociales que dejan de ser componentes esencialmente estructurales o subjetivos, para articular ambas dimensiones. Tales estrategias se encontrarían enraizadas en las vivencias familiares, en sus presencias y ausencias, y en ciertas marcas de clase».

inclina por la liberación de las obligaciones impuestas tradicionalmente; claro está, esto va condicionado por el amor: la pugna aparece cuando quiere elegir a la hermana de su amigo guayaquileño Enrique Hidalgo. Los primeros conflictos van motivados por la voz del terrateniente Recalde, el deseo de prosperar conduciendo la instalación de la hidroeléctrica en Cuenca y el primer acercamiento a la realidad de los indígenas que son contratados como guanderos: «Él se iría a Huigra. El camino debía ser revisado para traer bien el guando, no tanto por la gente, que no importaba que se fregara un indio más o menos, sino por el peligro que pudieran correr los cajones de las máquinas» (26).

La faceta familiar de Roberto Recalde completa la personalidad que Gallegos Lara deposita en él. El autor lo impregna de características en sintonía con el tipo de ciudadanía dominante, que coincide con los esquemas civilizatorios de las administraciones coloniales y poscoloniales. Si tenemos en cuenta que a inicios del siglo XX las ciudades ecuatorianas responden a un modelo de Estado laico naciente y con transformaciones legales producto del triunfo liberal,²⁰ encontramos que Recalde se debate entre ellas y la visibilidad política que emerge del modelo revisado del Partido Conservador, en fuerte alianza con los terratenientes de la Sierra y la Iglesia —no hay que perder de vista la ideología de Gallegos Lara—. ²¹ El andamiaje que sostiene a Recalde: desde su vida interior, conflictuada con la exterioridad de cumplir su rol público, hasta la materialización del poder y dominio en su estatus de contratista de los guandos, modela una masculinidad funcional a un proyecto de Estado y construida en oposición a los indígenas subalternos.

A ratos, Recalde remite a los típicos seres modernistas de finales del siglo XIX —al fin y al cabo, son los ejecutores de una literatura que los escritores realistas rompieron—. Este protagonista a ratos sensible, a ratos introspectivo, se ve impregnado de un sino nostálgico y un pasado idealizado, cuando parecía más fácil armonizar con la naturaleza y encontrar una relación patrón-siervo que no exigiera mayores esfuerzos, como si la estratificación social se consiguiera de una manera natural, casi feliz. En

20 «Nos imaginamos, por ejemplo, las del Matrimonio Civil, del Divorcio, de Beneficencia y de Cultos [...] en el diario vivir de una sociedad hasta entonces muy conservadora y apegada profundamente a la religión católica» (Vásquez 1988, 209).

21 Militante del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), que surge en 1926.

esa sociedad, hasta el consumo de morfina y demás drogas formaba parte de una languidez y una elegancia evasivas de la realidad: «La sala de la casa era un refugio tibio. Los tapices de las paredes y las grandes vidrieras cerradas de los balcones guardaban allí el calor. En ella encontraba Roberto el recuerdo de su madre» (30). Hay una clara subjetividad masculina que opera alrededor del mundo construido por el primer autor de *Los guandos*, rasgos que se complejizan en la segunda parte de la novela: «La tarde tempestuosa llenaba de oscuridad la sala. En momentos así sentía más que nunca Roberto la remota presencia maternal. Ráfagas de nostalgia lo asaltaban. Estaba siempre alegre i, por lo mismo, rechazaba las circunstancias que podían entristecer» (31). Como en cualquier novela romántica y hasta modernista, la naturaleza y los ambientes se impregnan de los sentimientos humanos, apoyan el lenguaje.

La masculinidad de Roberto Recalde se complementa con la de otro personaje, la del amigo de la Costa, Enrique Hidalgo. Ambos, provenientes de las regiones representativas del poder económico de la época, exhiben los mecanismos de sujeción que no solo se emplean en contra de los hombres sino en contra de las mujeres indígenas. Ellos ejercen lo que Rita Segato denomina «mandato de masculinidad»; es decir, demuestran que son legítimos «hombres», que cumplen con su papel de poder y dominación, indispensables para la eficacia masculina. Manifiestan que

se es potente para encontrar en la mirada de ese otro el reconocimiento de haber cumplido con la exigencia del mandato de masculinidad: ser capaz de un acto de dominación, de vandalismo, de «tumbarse una mina», de contar que se desafió un peligro; en fin, esos delitos pequeños que hacen a la formación de un *hombre* [...]: mostrar [...] que se ha sido capaz de abolir dentro de sí la vulnerabilidad que llamamos *compasión* y, por lo tanto, que se es capaz de cometer actos crueles con muy baja sensibilidad a sus efectos. Todo esto forma parte de la historia de la masculinidad, que es también la historia viva del soldado. (Segato 2019, 29)

Consecuente con el mandato de masculinidad, la novela describe de modo anecdótico la ocasión en que Recalde e Hidalgo (jefe de la estación) se conocen, y cómo su amistad queda sellada el día que violan a una indígena en la estación de tren de Huigra. En actitud de complacencia fraternal conocemos lo siguiente:

Se había quedado [Roberto], casualmente hasta muy tarde, las seis i media o siete, sentado en el banco de espera de la estación. Vino una *huambra* a depositar un fardo que quería expedir para la Costa. La hora tardía i la soledad del momento incitaron al jefe de estación a encerrarla en la bodega. Como Roberto no se retirara, tuvo que contar con él. Con el guiño se pusieron de acuerdo. Roberto entró primero i, aunque se asombró de los forcejos i de los llantos de la *longa*, en medio de la bodega oscurísima, oliendo a cebollas podridas i harinas agrias, donde se tropezaban con los filos de los cajones, solo de noche, al hallarse sangre en la ropa, se convenció de lo grave de la aventura. Felizmente para ellos, la muchacha no hizo bulla ni los denunció. Es verdad que le habían mostrado un revólver, amenazándola con matarla si hablaba. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 49)

La escena descrita no es la única que exhibe los actos sistemáticos de violencia que simbolizan el despojo del cuerpo-territorio feminizado. En el capítulo tres, Ramón Llerena, terrateniente que conforma el grupo de autoridades que va en busca de la mano de obra indígena, «castiga» a Quispe, indígena que se niega a ser reclutado. Aquí también se visibilizan las estrategias y los privilegios de dicha autoridad: «Conocía al *chazo* ése, al Ramón Llerena: vivía en el pueblo i era un bruto que siempre al pasar metía las manos en el cuerpo de las mujeres» (39). Llerena, en su venganza, somete sexualmente a la mujer de Quispe: «Esto mismo es lo que había que hacer, don Ramón. ¡*Longa* perra! ¡Haciéndote la bruta! ¿Qué más quieres vos que te casticen los amos?» (42). A continuación, el capítulo describe brutalmente la agresión y el acto humillante con que someten a ambos. Sin importar al *huahua* aún lactante que la mujer alimentaba, se ejecuta la violación:

Era delante de los otros que había que hacerlo. Las caras, con una risa sombría, se extendían a verlos: el jadear les llenaba el pecho a todos. Los ponchos envolvían sus cuerpos contraídos en la espera. [...] Oprimida contra la tierra, por encima de su cara, veía las caras contraídas de los *varayos*, del teniente político, del Llerena. (43)

LOS PERSONAJES: 47 AÑOS DESPUÉS

Si bien Nela Martínez publica *Los guandos* en 1982, no se distancia de los principales matices de los personajes masculinos que Joaquín Gallegos Lara creó en 1935. La autora sigue en la línea de mostrar a

un Roberto Recalde producto del contexto ecuatoriano de inicios del siglo XX. Así, en el deseo de prosperar y ejercer la masculinidad funcional, sus acciones se sostienen sobre la clase oprimida, los indios y las desventajas históricas que confluyen en su identidad. A su vez, Recalde sueña con transgredir el modelo que la tradición le impone:

El sol está alto. —Pero qué bueno estar aquí, agua de amor que me despierta con Meche desnuda, pura, sin iglesia, ni velo, ni sonrojos hipócritas, acercándose a mí, libremente, sencillamente, para el acto más puro de la especie. ¿Y la *longuita* a la que violamos con Enrique? (174)

Recalde continúa el camino de una masculinidad trazada y que cumple su escenificación en la esfera pública:

Ya le han dicho que para diputado no se necesitan títulos ni conocimientos especiales, que el sentido común y su inteligencia innata servirán. Porque, en sentido patriota y perteneciendo al partido del orden, todo lo demás vendrá por añadidura [...]. Una vez casado, claro está [...]. Lo mejor y más prudente será entrar en la vida política. (139)

En este fragmento, la heterosexualidad es sugerida como dispositivo regulador del cuerpo y de práctica aceptada socialmente. La heterosexualidad ligada al binarismo hombre y mujer, donde la masculinidad opera en el ideal social y excluyente:

Los heterosexuales definen su identidad masculina a partir de un modelo unívoco, simplificador y excluyente. El varón o es macho o no es y para conseguirlo debe negar su propia feminidad. La identidad masculina heterosexual se articula en torno al arquetipo de héroe. (Guasch 2007, 68)

Creo clave releer a Roberto Recalde para constatar las tensiones que prevalecen en la conformación político-social de las élites económicas y sus prácticas desiguales:

Recalde que no sabe arqueología, pero que encontró a María Luisa, pieza de museo que lo llevará, por un mecanismo social matemático, hasta el altar, hasta la diputación, hasta engendrar los hijos sagrados para la patria, aburridamente, brutalmente, maquinalmente, como conviene hacer y ser cuando se está conminado a subir, héroe del progreso, que de hecho ganará acciones en el banco y será igual a los más altos políticos —gentes de raza— de la ciudad que es la tercera de la República, siempre la primera por su fe. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 174)

Nela desarrolla en los siguientes capítulos una estructura organizada en vías a desestructurar las relaciones de poder, operantes a través de personajes autoritarios. La voz de Martínez va más allá de recrear el mundo doméstico y público de Roberto Recalde: aprovecha al protagonista para desarrollar los conflictos y las disputas presentes en las sociedades en vías a la modernidad. Opera la masculinidad ideada para sostener el anhelado «progreso». Gallegos Lara esboza el drama del sujeto moderno (a ratos romántico), mientras que Nela singulariza las particularidades hegemónicas, su noción de poder y su concepción del indígena en función del proyecto económico y del prestigio para el ascenso: dotar de energía eléctrica a Cuenca y, posteriormente, acomodarse en el mundo político de la ciudad. *Los guandos* expone las estrategias de dominación habituales en los terratenientes de la Sierra. La novela recrea las condiciones infrahumanas de los guanderos en contraposición con las intenciones del hombre que debe posicionarse socialmente:

La ganancia del *guando* servirá para el matrimonio, amoblar la casa que ya le han señalado —al ladito de la mamá, que solo a mí me tiene— mejorar la situación de las hermanas y ¿qué más? —No dará para más. Se ve en perspectiva de futuro. Será el varón nuevo de la mansión de los Vega y subirá. Claro que subirá. (139)

En esta segunda parte, la autora da paso al mundo de Pablo Faicán, traza las líneas del ciclo de la desconquista; el protagonismo de Recalde queda suspendido en el capítulo sexto, en que el terrateniente entra triunfante a Cuenca y el pueblo lo recibe en medio de festejos: «Roberto Recalde recobra sus atributos de conquistador que culminó la hazaña» (199). Vale destacar en la propuesta de Nela y Joaquín la visión construida para dominar sobre los personajes subalternos, Pablo Faicán y Simón Mayancela. Ellos son claves para ejercer la masculinidad funcional. La alteridad de estos sujetos traducida en las múltiples facetas de la masculinidad y de comprensión interseccional. El indígena subordinado a un tipo de «masculinidad ideal» y que funciona en diversos escenarios de opresión. Durante el trayecto para trasladar la maquinaria hidroeléctrica, Simón Mayancela²² es el guía de los guan-

22 En el capítulo tercero, Roberto Recalde paga la deuda que Simón Mayancela tenía en calidad de indio concierto del señor Tamariz. Mayancela tenía la fama de «bravo y fuerte», atributos vitales para la empresa de los guandos.

deros: ejerce cierta «autoridad» y posee privilegios que no tendrán los demás cargadores:

—No *longo*, vos no pasas. Esa es reunión de señores—. Ahora el Simón que ha buscado a los suyos, preguntado y corrido, les cuenta que algo invisible, pero que existe, un muro recién levantado, les separa del que a caballo, es cierto, bien comido y mandando, es cierto, compartió los días y las noches, los precipicios y las heladas, el barro ceraturo y el sol candela, rajándose como hombre también. No cargó que esa es cosa de indios, pero allí estuvo al lado, sufriendo menos, como sufren los amos, por encima, sin quemar su alma, pero igual padeciendo el viaje, a veces bebiendo juntos, conversando como semejantes que son, que eran, que ya no serán más. Apenas llegados a la ciudad reciben el desprecio, escuchan los carajos, sufren los golpes y la presión que los arroja a la calle —Caminando, caminando, afuera—. (207)

Mayancela se enfrenta a la realidad jerárquica que lo separa de las clases sociales privilegiadas, comprende que el camino de «hermandad» y de «blanqueamiento» no es más que una estrategia para usufructuar a costa del trabajo de los indígenas. El «muro invisible» al que se refiere tiene huella colonial:

El hombre campesino-indígena a lo largo de la historia colonial de nuestro continente, así como el de las masas urbanas de trabajadores precarizados, se ven emasculados como efecto de su subordinación a la regla del blanco, el primero, y del patrón, el segundo —patrón blanco o blanqueado de nuestras costas—. (Segato 2019, 28)

Martínez retoma a Pablo Faicán, lo convierte en el personaje portavoz del proyecto de emancipación indígena y desarrolla los móviles colectivos que trazaré en el capítulo segundo de este estudio.

La insistencia de Nela por simbolizar las jerarquías que quedan plasmadas en su cuadro narrativo nos hace pensar en un proyecto mayor y en una concepción de novela que anhela un proyecto político emancipador para el indígena. No hay referencias a los personajes construidos por Joaquín Gallegos Lara en las cartas intercambiadas con Nela; sin embargo, hay un honesto interés por el poder simbólico de los espacios y la vitalidad de las descripciones. La autora transforma la propuesta del primer autor y desarrolla en los personajes una posibilidad *otra*, que resalte el mundo indígena y sus luchas reivindicativas. *Los guandos* conduce al lector hacia movimientos pendulares, cuyo tejido narrativo

denuncia el sistema hegemónico poscolonial y donde es posible revisar la masculinidad funcional al ideal civilizatorio:

Al negar la inocencia de la «Modernidad» y al afirmar la Alteridad de «el Otro», negado antes como víctima culpable, permite «des-cubrir» por primera vez la «otra-cara» oculta y esencial a la «Modernidad»: el mundo periférico colonial, el indio sacrificado, el negro esclavizado, la mujer oprimida, el niño y la cultura popular alienadas, etcétera (las «víctimas» de la «Modernidad»), como víctimas de un acto irracional (como contradicción del ideal racional de la misma Modernidad). (Dussel 2000, 175)

EL CICLO DE LA DESCONQUISTA: HACIA UN DESENTRAÑAMIENTO CONCEPTUAL

Los guandos de Nela Martínez es el contacto de la escritura con la niñez y los estímulos de un mundo anclado en un temprano territorio de proximidad solidaria y pronta concienciación con las personas cercanas a su vida y etapa infantil. Los indígenas no fueron simplemente parte del paisaje, sino seres humanos cuya degradación le fue visible a primera mirada. De allí brotan muchas de las ideas y reflexiones que la autora comparte en *Yo siempre he sido Nela Martínez Espinosa*. Su situación privilegiada en la hacienda Coyector ofrece testimonios sobre escenas de violencia y trabajo forzado de los indios. Las amplias confesiones sobre la situación de los indígenas en Cañar, el entorno natural, las relaciones de poder entre el mundo mestizo y el indígena, me hacen sospechar de su temprana sensibilidad y espíritu incómodo. Los hechos habituales de la vida campesina —el trabajo mayor ejecutado por manos indias— le resultaron espontáneamente injustos, desequilibrados y extenuantes. Sus ojos muy pronto captaron el desajuste en el reparto laboral y la desigualdad en el reparto de los beneficios de una tierra trabajada «a lomo de indio». El sistema feudal de propiedad y administración agrícola dejaba a los indios al margen de la producción.

Nela Martínez presenta en *Los guandos* la narración de luchas colectivas y la posibilidad de tener un proyecto de desconquista. Pablo Faicán es el indígena rebelde, el personaje que se camufla en medio de una historia que a la vez va fortaleciendo la matriz social donde se combaten las injusticias. La autora orienta su ficción a la gradual formación de un líder que aprenderá que sin lucha no hay liberación.

La denuncia del sistema de concertaje es una constante en el pensamiento de Martínez. Varias serán las fuentes en donde ubicar y seguir las luchas reivindicativas de la autora. La existencia del periódico *Ñucanchic Allpa*²³ surge del encuentro entre el pensamiento de izquierda y las alianzas indígenas de la época. Nela Martínez fue la directora del suplemento, que se convirtió en una herramienta de difusión de denuncias y disputas entre hacendados y comuneros, la mayoría centradas en el cantón Cayambe, lugar central de los primeros levantamientos campesinos. Nela, militante del Partido Comunista, forma parte de las iniciativas y asociaciones que incentivan la conquista de derechos y combate las injusticias de la realidad indígena. Conoce el trabajo de los dirigentes Ambrosio Lasso (personaje principal de *Biografía del pueblo indio*), Agustín Vega, Jesús Gualavisí, Rubén Rodríguez y Dolores Cacuango, a quien conoció en la conformación de la AFE en 1938. Su temprana vocación militante la convierte en una entendida de la realidad opresora.

En *Los guandos* se evidencia la potencia indígena, reflejada en la presentación de personajes que recogen la propuesta de una posible confrontación y la vitalidad de un ideario emancipador de la matriz colonial. La escritura de Nela también es un homenaje al mundo indígena: Pablo Faicán y, más adelante, Jesús Gualavisí y la imagen de María Duchicela son símbolos de la lucha indígena. La autora hace referencia a estos seres de ficción para recrear lo que ella llamó el «ciclo de la desconquista»:

Son quizás las vivencias fuertes de la infancia y de estos seres las que conforman, con el paso del tiempo, la imagen básica de la pareja humana de iguales, aquella que retrato en el indio Faicán y María Duchicela, cuando ella se convierte en la primera que entra con él al nuevo ciclo de la «desconquista», doliéndoles a los dos esa materia vegetal de la que están hechos, que busca aposentarse en mínimo terreno y florecer. (Martínez 2005, 28)

23 Marc Becker (2004, 133), en «La historia del movimiento indígena escrita a través de las páginas de *Ñucanchic Allpa*» (término quichua que significa 'nuestra tierra'), indica que la revista se publicó entre los años 30 y 70: «[S]e presentó como un órgano de los sindicatos, comunidades e indios, en general». En 1944, se convirtió en una publicación oficial de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI).

Pablo Faicán, en la primera parte escrita por Gallegos Lara, es presentado como indígena gobernador de una comunidad que se encuentra en disputa para no perder la poca tierra donde se asienta. Ahora, Faicán lleva en su largo caminar los títulos de propiedad expedidos por la Corona española. Los documentos simbolizan la materialización posible de ser dueños del territorio que les pertenece y operan como el velo que Faicán tardará en descubrir. Más adelante, el personaje descifrá las ataduras que desfavorecen y aniquilan la dignidad del indio. El último capítulo de *Los guandos* empieza con un grupo de agricultores entonando el *jahuay*²⁴ (cantos durante el período de la cosecha) e integra la notificación por parte del comisario de Pucto y del juez, quienes comunican a Faicán que han perdido la disputa por el territorio con el señor hacendado Cueva y son obligados a desalojarlo. Les queman sus chozas y la esposa de Pablo Faicán, la Trini, da a luz a Lázaro. A partir de allí, se enciende el deseo de lucha para demostrar que son los dueños legítimos de la tierra.

La incertidumbre y la orfandad rodean las últimas líneas de *Los guandos* de Gallegos Lara. En las manos de Faicán, queda el papel que legitima el derecho de propiedad: un gesto que se piensa en sus límites civilizatorios. Se ubica en el espacio letrado de la representación del poder de la autoridad y en la separación del individuo con su territorio. Se trata de la palabra escrita que el poder legitima y de la sugerencia de un *orden* (Rama 1984, 5) que se traduce en la construcción de jerarquías estrictas, las de las clases sociales. El papel es tomado como la herramienta civilizatoria, símbolo de existencia, de derechos y legalidad del territorio, lección para que, más adelante, Faicán sea consciente de ese poder:

Este es el viajero al que le crujen de nuevo los papeles del rey de las españas y de Gualavisí-compañero, bajo la seca piel de ovejita de los cerros con nieve, que le protege todavía el diafragma cada vez más sensible. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 274)

24 Al menos el canto les permite en el sonoro quichua referirse a los patrones y denunciar sus inhumanos tratos: «Se habían encontrado [...] el *jahuay* que cantaban, al segar, abajo en el valle, los conciertos de la hacienda de San Antonio, con el de los comuneros que labraban para ellos mismos las ásperas laderas del cerro a donde los había empujado el hacendado y los estrechaba cada vez más» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 78).

En el capítulo cinco de la segunda parte de *Los guandos*, escrita por Nela Martínez, la autora retoma al personaje de Pablo Faicán. La narración combina el *fluir* de conciencia —recurso narrativo constante en los siguientes apartados de la novela— y las acciones contadas en tercera persona por un narrador heterodiegético. Hay un recuento de las situaciones que quedan sugeridas en el capítulo final de la primera parte, escrita por Joaquín Gallegos Lara: Pablo Faicán, como gobernador de su comunidad, debe huir con los papeles de propiedad, la prueba de la tierra que les pertenece y que lo conducirá a Quito. La decisión de Faicán engloba el deseo de un pueblo que busca recuperar su territorio y que, pese a estar cansado de las injusticias de los terratenientes del momento, es despojado constantemente de su lugar de supervivencia. Es importante mencionar la radiografía de la situación de dominación históricamente marcada sobre el pueblo indígena: las relaciones de poder y de desigualdad económica impuestas desde la conformación de la república, las relaciones de concertaje, que recién cambian en 1918:²⁵

La hacienda codifica relaciones de poder con contenidos altamente simbólicos, pero también se presenta como unidad económica y política. Es el eje económico de la república, y es el sustento real del poder político. Es la unión contradictoria y paradójica del mundo andino y del mundo occidental, en el cual la presencia indígena será relevante. (Dávalos 2002, 4)

Pablo Faicán es la voz interior y exterior de los demás reclutados para cargar los guandos. Es el personaje que se conduce ante la muerte del compañero Juan Tacuri, quien no resiste el peso en toneladas de las maquinarias de la hidroeléctrica, «porque es común, de todos, también la misma muerte» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 159):

25 «Con el tiempo, los indios sin tierras establecieron relaciones prácticamente vitalicias y que terminaron por envolver a toda su familia en faenas agrícolas o en servicios domésticos en casa de los terratenientes. Por el usufructo de un pedazo de tierra y “presos por las deudas”, generadas por los llamados “suplidos” (anticipos) con los que mantenían su precaria existencia, importantes grupos indígenas de la Sierra se vieron atados al concertaje, que en realidad se trató de una forma de esclavitud. En la Asamblea Constituyente de 1896, Eloy Alfaro habló de esclavos disimulados al referirse a los indios concertados. Relación de explotación extrema que recién se suprimió en 1918 en la presidencia de Alfredo Baquerizo Moreno» (Acosta 2006, 31).

Así pasa cuando el natural – que somos – está perseguido – peor que animal dañino – para robarnos la tierra – tierra nuestra propia – ya que en tiempos antiguos fuimos señores – todos los indios dueños de estos mundos – sin *huasicamas* – ni *cuentayos* – ni *chagracamas* – ni *conciertos* –. – Ahora mismo venimos reclutados – obligados muchos – pocos con voluntad por ganar un medio centavito – que nos niegan –. – Iguales todos – milicos y policías – santos sacerdotes o políticos – escribanos – patronos de las haciendas – o *chagras* mestizos ambiciosos – porque el *runa* está debajo de todos los pobres – al servicio de los sirvientes de la casa grande y de la casa chica – más mísero que mendigo ciego y tullido – que también ofende al indio cuando puede. (160)

EL CAMINAR DE PABLO FAICÁN

Pablo Faicán emprende el trayecto hacia Quito, luego de escaparse del grupo de guanderos al mando de Recalde —poco después de la salida de Huigra— para buscar a Eloy Alfaro. Al llegar a Quito se entera del asesinato del exlíder liberal, y el deseo de recuperar las tierras de su comunidad queda frustrado. En varias páginas, *Los guandos* muestra a Faicán recorriendo aldeas y sectores hasta regresar a Ingapirca, su lugar de origen. El trayecto de retorno le tomará años y será el tiempo del aprendizaje, de la comprensión de la organización colectiva con miras a conquistar los derechos negados: «Se han sucedido las siembras, las cosechas, los gobiernos, las generaciones, la vida, la muerte» (231).

A partir del capítulo siete de la novela, ubico la concepción de una *pedagogía liberadora*. Pablo Faicán se introduce en el aprendizaje de líderes indígenas, aprende inmerso en el diálogo, en oír testimonios y experiencias de quienes lo precedieron en la lucha. Se trata de caminar como trayecto de autodescubrimiento y liberación. Faicán encuentra a Jesús Gualavisí,²⁶ líder político de Cayambe, donde se produce el proceso al que denomino «desentrañamiento conceptual». Conoce, de la voz de la persona recreada en la ficción, nociones y estructuras clave para la organización de la comunidad. De esta manera inicia el desentrañamiento conceptual: asimila nuevas ideas y aspectos radicales para materializarlos en el proyecto político indígena. El aprendizaje

26 «Es que la década de los años 30 fue fecunda en levantamientos campesinos: Talahua, en 1931; Palmira y Pastocalle, 1932; Mochapata, 1933; Rumipamba, Llac-taturco y Leyto, 1934. El de Leyto fue dirigido por el coronel alfarista Ambrosio Lasso» (Martínez 2005, 69).

organizativo de Faicán lo lleva a revisar la fuerza latente en una especie de transubstanciación con el medio vegetal, simbiosis entre el mundo que lo rodea, el rastro de la memoria y la realidad combatiente: «Su mundo oculto que lo acompaña por dentro se le planta por fuera. Ya le es lo mismo sentir que ver» (234). Faicán, deslumbrado en el desenrañamiento conceptual, representa otras formas de plantear los ideales emancipadores para su comunidad, y en el acto de conciencia plena está convencido de la liberación como una lucha sostenida. El oprimido se sitúa frente al opresor, y se compromete a la lucha organizada por su liberación (Freire 2005, 25). Obedece a una pulsión interior que lo obliga a tomar acciones y a alejarse de la estructura social y política que desmarca su quehacer en el mundo.

Jesús Gualavisí, joven y conocedor de la estructura y las ideas de las ligas campesinas mexicanas, introduce a un Pablo Faicán en términos y palabras que serán fundamentales en las demandas políticas y de organización del campesinado. En el episodio con Gualavisí, la novela nos conduce a las luchas de los demás pueblos latinoamericanos y al proceso de transformación de las formas de trabajo, sus demandas políticas y los caminos que se irán abriendo colectivamente:

Jesús busca en la labranza, en el quehacer del peón, en la persecución imparable de los patrones, la razón de esa atadura - de unirse en redondo todos - de ser liga sin ruptura - en continuidad de círculo - redondo mundo - como dicen que es la tierra - que habitamos -. Y otra vez Faicán, que necesita estar seguro, ahora que ha encontrado al otro propio que buscaba. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 226)

Al parecer, Pablo Faicán debe comprender que la representación del mundo que habitan necesita también de una transformación epistémica. A su desenrañamiento conceptual lo acompaña la difusión de nuevas lógicas participativas: «asamblea», «compañeros», que reemplazarán a coloquialismos locales y próximos usados en su comunidad, lejos de «taitas», «hermanos», «mamas». Esto también evidencia la construcción de nuevos lenguajes y palabras funcionales a sus luchas locales. En este caminar revolucionario, el líder Faicán se cuestiona constantemente y reflexiona sobre su rol de autoridad y guía para la comunidad: «¿Podrá Faicán aprendiz político, que debe ligar hechos y circunstancias, junto a otros títulos de letrados señores, humildes como él, levantar el

movimiento que genera la aurora mayor en este inmenso baldío que se llama Ecuador-país, el Ecuador-nación [...]?» (279).

En el panorama de Pablo Faicán aparece María Duchicela —mujer descendiente de caciques reconocidos por la Corona española—, recreada en *Los guandos* como una abuela sabia, cuya experiencia hará partícipe al protagonista de los procesos necesarios para desarmar el poder estatal que mantiene subalternizados a los indígenas. Es significativo encontrar en una mujer la potencialidad del liderazgo y la conciencia del cambio, hay una reivindicación del rol de las ancestras en las luchas políticas y en las resistencias al poder opresor. Con ella —a diferencia de lo que ocurre con el joven Gualavisí—, Faicán intercambia la experiencia del fracaso de los intentos de sublevaciones y, «cuando se ve en los ojos de ella, su espejo» (248). La presencia de María Duchicela es la puesta en común y el balance de derrotas e intentos fallidos por consolidar autonomía, derechos de tierras y dignas formas de trabajo. Faicán comparte lo transmitido por Gualavisí: «Le explica lo que le han enseñado sobre la organización, la unión de los pobres, de los trabajadores, indios o no. Suena a caída de agua el quichua que se dispara en al afán de juntar los tiempos de la ausencia» (249).

En este sentido, parecería que *Los guandos* insiste en la posibilidad de una conquista e idearios revolucionarios que se materializaron en el primer levantamiento indígena de los años 90. La CONAIE apuntó a lo plurinacional e intercultural como visión política y descolonizadora (Walsh 2011, 3), así como a dismantelar la idea de Estado uninacional para dar paso a concepciones comunitarias y de fortalecimiento de la diversidad:

El fortalecimiento del movimiento indígena en la [...] CONAIE y su aparición pública en el levantamiento masivo del Inti Raymi en 1990, como un importante actor político y social con demandas étnicas que incluían la creación de un Estado plurinacional, posicionaron de un nuevo modo lo indígena con respecto a lo nacional homogenizante, históricamente caracterizado por una ideología del mestizaje fundada en el blanqueamiento.

El proyecto que emerge del interior de Pablo Faicán busca dismantelar el andamiaje colonial heredado y alejarse de las tramas políticas homogenizadoras. La concepción del ciclo de la desconquista llega de la mano de los procesos transformadores vividos en los países

latinoamericanos, que Faicán descubrirá en su andar madurando el desentrañamiento conceptual: «Regresa a Gualavisí de Cayambe mientras se aleja de quien ya para siempre es compañera, su compañera, la primera que entra con él en el ciclo de la desconquista» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 251):

Los caciques fallaron - sin entendernos - sin comprender nuestra causa grande - que no es la de caciques ni señores. - Porque al fin - humillados - ofendidos - los caciques - los *apus* jefes que negociaron al común de los *runas* con los españoles - se quedaron arriba - debajo de los blancos - los dueños de nosotros todos - pero encima de los *conciertos* - de los *mitayos* del obraje - de la mina - de los servicios viles -. - Los de abajo - huérfanos hasta de nombre - desnudos - piojosos - vencidos. Porque esta que comienza es otra historia. (249)

El proyecto de la desconquista inaugura un nuevo momento de lucha política y de comprensión de la colonialidad anclado en el modelo capitalista (Quijano 2014), donde la clasificación racial incide en la jerarquización y en las desigualdades sociales. Nela Martínez ofrece una alternativa ficcional que recoge en la voz de su protagonista la organización de las luchas e insinúa el horizonte de los futuros levantamientos indígenas:

Desde el patrón verdadero, dueño del título y la tierra, hasta el sacristán y el abogado, junto al político y al diezmero, y más el alguacil, qué cantidad increíble de jinetes sobre él. Entre los más crueles están aquellos que tratan de olvidar a la que les anda cosquilleando por ahí en el pasado, desde la raíz. Olvidar, si fuese posible, a esa que entra a su otra historia desde la primera violación —incontables violaciones— del conquistador de acero, indomable por fuera y con su desnudo sexo sin raza por dentro, hosco sexo de animal garañón perseguidor de mujeres puras. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 270)

ENSAMBLAJE POÉTICO: DE LA POÉTICA DEL ENTENDIMIENTO A LA POÉTICA DE LA INSURGENCIA

La propuesta narrativa de Nela Martínez se retira definitivamente del tono realista y característico de Joaquín Gallegos Lara. *Los guandos* de Nela privilegia el registro poético y simbólico del lenguaje. En sus capítulos resalta lo que la filósofa María Zambrano sugiere como una

fuerza integradora de la poesía: esa capacidad de unificar un proyecto ficticio que, a la vez, supone el recorrido por sendas comunes de entendimientos y de subjetivación emocional de la realidad. En el camino de *Los guandos* se aprecia lo que denomino una «poética del entendimiento», para más adelante consolidar la «poética de la insurgencia». En este sentido, la construcción argumentativa de Nela Martínez nos conduce a experimentar la potencia de un lenguaje que «deshace también la historia; la desvive recorriéndola hacia atrás, hacia el ensueño primitivo de donde el hombre ha sido arrojado» (Zambrano 2016, 89).

En *Los guandos* hay una prosa poética encaminada a la evolución que Pablo Faicán, protagonista de la obra, va experimentando y, a la vez, a la realidad opresora que se ejemplifica en el trabajo realizado por los guanderos. Un lenguaje que se acomoda a los signos que sugiere la novela. Hay varios momentos en que el lenguaje lleva al lector hacia una poética del entendimiento —que es como decir una cosmovisión globalizadora de los valores indígenas ancestrales junto a la red conceptual del materialismo histórico— que da a los indígenas una comprensión del mundo, de sus sistemas de producción, de la división del trabajo y de la propiedad. Faicán renueva sus vínculos de comunidad y su relación con la tierra, dispuesto a recuperar lo que era propio y a insertarse en un nuevo sistema. Uno de los momentos clave de la novela está en el capítulo quinto, cuando se describe la despedida simbólica a Juan Tacuri, compañero reclutado en los guandos, quien no resistió el peso de las maquinarias y se desplomó durante la larga caminata, resultado de la cruel imposición del trabajo de carga:

No solo al Juan Tacuri despiden, también a sí mismos, porque es común, de todos, también la misma muerte. La garganta trina en el *pingullo*, en el *rondador* del llanto que se canta durante los cinco días —*pichica*— del duelo caído, allá arriba en lo suyo, sin que suene ahora, ya que el dolor es sigilo y la palabra pensada un ejercicio de fuga para ocultarla, hasta que el día para gritar amanezca. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 159)²⁷

27 Durante la novela será constante el despliegue de símbolos del mundo indígena. En esta cita se evoca parte del rito de la muerte (*jachimayshay*), que consiste en bañar a los muertos como acto de purificación. Esta referencia aparece explícitamente en el capítulo XIX de *Huasipungo*, de Jorge Icaza, cuando Andrés Chili- quinga llora la muerte de la Cunshi.

Y es en ese tono donde encontramos la fusión del mundo simbólico indígena con las experiencias del protagonista que la autora despliega para transformar el material narrativo en el armazón vital de la novela.

A la pérdida de Juan Tacuri sigue una contemplación del espacio y el paisaje que desborda las emociones de Faicán. Son momentos que se aprovechan para un despliegue expresivo que delata la apuesta por un lenguaje que apunta al *corazonar*²⁸ como una intencionalidad estilística y de propuesta discursiva alejadas de las comunes tensiones del realismo, siempre plegadas a las certezas y exactitudes que, de cierta manera, emulan el modelo de conocimiento occidental, donde el logocentrismo domina las estructuras del pensamiento: «[E]s necesario derrumbar la fortaleza de la ciencia, para construir formas distintas de saber, un conocimiento, una sabiduría que permita la reapropiación y reconstrucción del mundo y tenga la vida como horizonte» (Guerrero 2010, 52). Se trata también de emplear el registro poético en la medida en que subvierte las representaciones usuales realistas y canónicas. En Nela es posible ubicar la transformación narrativa en una visible presencia e inmediata audición de la fuerza de la poesía. Se puede rastrear la poética del entendimiento en las descripciones de la proximidad de los personajes y su entorno. Las costumbres, las ideas sobre la comunidad, su resistencia y dolores pasados están visibles en el camino narrativo de *Los guandos*:

Solo cuando le contestan el saludo, Faicán del sur habla, construye el puente de la palabra, humano puente que los une. Se queda entre ellos por días y días. No es huésped. El indio no tiene huéspedes. Un rincón del suelo para dormir, el mismo plato de barro, la misma cuchara de madera para comer, la misma pala de cabo gastado por tanto uso para hacer lo que los demás hacen, en esa comunión de labriegos para quienes la tierra es igual de madre donde quiera que estén. (Gallegos Lara y Martínez 1982, 212)

Educados en la lógica aristotélica, los occidentales nos desplazamos intelectualmente por categorías, silogismos y esquemas que van del pensamiento a una gramática que le es «natural» porque es de cuño griego; sin embargo, la relación con el mundo indígena nos orienta a conocer y entender «otras» lógicas de comprensión de la realidad. Obligado a pensar como blanco, Faicán se desliza por las gradas de las

28 Ver Guerrero (2010).

categorías y descubre que hay un «más abajo» de la humillación, un puesto de degradación que ocupan los indígenas:

El tronco ante su ser obstruyéndole el camino y creciendo siempre a su par, desde el primer brote de su coraje, cuando aprendió acerca de las categorías, como quien baja las cuestas a la carrera, porque supo entonces, ya no recuerda el día en que tuvo conciencia de la humillación, que hay la categoría mayor hacia abajo. El no ser, equivalencia del *ser indio*, determinó su porte ante la palabra de mando, marcó cada uno de sus gestos, su inclinarse o enderezarse a medias, y sobre todo la contención de sus apetitos. (276)

SIMBIOSIS: NATURALEZA Y PALABRA

En el caso del paisaje, particulariza la mirada desde las primeras líneas, tanto que «[l]a Nariz del Diablo va a ser agrandada o disminuida, todo depende cómo se la mire» (103); es decir, según la óptica de la voz narrativa, que en la medida en que va mostrando amaneceres, caídas nocturnas, lluvias insistentes, soles quemantes, comunica una pasión ecológica que sugiere la fusión con la tierra. A fin de cuentas, se trata de la mansión natural del indígena, imbricado con ella y, en mayor contraste, desalojado de la *pachamama*, sintiéndola y sabiéndola propia.

¿Acaso escribir «verdes tiernos anunciadores y verdes oscuros como manto de profeta» (42) no detiene sobre un color la fuerza de la visión de todo un conjunto? Este rasgo de la manera de integrar los paisajes a la historia es poético y, por tanto, económico, porque la imagen sube a los ojos del lector la elocuencia visual de una pintura o de una evocación.

Con los diálogos, Martínez consigue una agilidad inusual a la par que recoge —sin los forzamientos de Jorge Icaza— lo más parecido a una simbiosis habla-pensamiento del indígena, ya sea de los protagonistas como Pablo Faicán y Simón Mayancela o de un personaje secundario, hasta incidental, en el cual se focalice un momento de la narración.

Cuando Pablo es reclutado para integrar el grupo de guanderos que irán por los grandes bultos que esperan en Huigra, el narrador informa:

Él le ordena huir, buscar a los *taitas* que viven al otro lado de la quebrada - Hay que callar nomás - no dar el nombre - no decir nada - hay que salvar al *huahuíto* - dejarle que nazca - hay que parir tranquila - no importa nada la choza - la sementera - los animalitos - importa el hijo - Lázaro bautizarás - nombre de *taita* grande - corre *huarmisita* - Trinisitica - ligero - corre - ligerito. (154)

Los guiones integrados a los párrafos dan a los textos una continuidad cinematográfica en que la información y el habla se unen, en que la palabra oral resuena cargada de los estados de ánimo de los emisores. Hay que apreciar el sello distintivo que introduce el repetido diminutivo, la suavización cadenciosa que intenta ser un eco de la lengua nativa, el quichua, presente siempre en cada elocución, como apuntalando un discurso primigenio, que subyace, aunque el personaje —y nuestra autora— recreen la realidad, emprendan la mimesis en la lengua de Castilla.

Por eso, el efecto visual de la página —bloques de largo aliento donde las palabras se aglomeran con pocas pausas— abruma como el peso de los guandos sobre los hombros de los indios. Un derroche lírico hace constante inventario sensorial de visiones, olores y sonidos para apoyar escenas de suprema dureza como las que se agrupan en el capítulo sexto, que cuenta el traslado de la maquinaria que dará luz eléctrica a la ciudad de Cuenca.

La combinación de largos párrafos descriptivo-narrativos con diálogos apretados trae como consecuencia una sonoridad especial. No se trata de un relato regular con la distribución flaubertiana del espacio que se construye al calor de una historia de relativa magnitud; se trata de un avance emocional, a golpe de inhalaciones pausadas y acezamiento agitado de los personajes a la hora de correr o de sufrir, pero que impregnan la prosa de un ritmo humano, de actividad pulmonar y latido cardíaco. Que es como decir que la vida esforzada y trashumante de Pablo Faicán, gran viajante de la Sierra ecuatoriana, ha dejado sus pasos en el vuelo de las líneas de esta novela, y que a su vez sirve para pensar en una literatura *posautónoma* en la medida en que «absorbe y fusiona toda la mimesis del pasado para constituir la ficción o las ficciones del presente [...]. [Fabrica] presente con la realidad cotidiana y esa es una de sus políticas. La realidad cotidiana no es la realidad histórica referencial y verosímil del pensamiento realista y de su historia política y social (la realidad separada de la ficción)» (Ludmer 2009, 42-3).

Como otra huella de la superación del realismo a ratos documentalista de la Generación del 30, Nela Martínez subvierte la sintaxis convencional para narrar al indio, se toma libertades de poema: «Todavía camina Pablo Faicán, corozo del hombre que fue, que sigue» (Gallegos Lara y Martínez 1982, 231). Encadenando metáforas, dando cabida al hipérbaton, insta al lector a interpretar a cada paso. ¿Qué hace el

personaje del que se afirma «devana sus madejas de colores» (231)? ¿Por qué se atribuye a Rumiñahui representar «el anochecer del indio» y a Alfaro, «el mediodía» (232)? Así, el estilo de la autora se encamina hacia el poder de la sugerencia, reduciendo la mera denotación para dar cabida a la riqueza incontable de las connotaciones. Y son estas marcas textuales las que definen también la poética de la insurgencia, centrada en la capacidad de superación del realismo y a su vez destinada a conducir la narrativa hacia un proyecto emancipador. Cabe identificar en el texto lo que percibo como un *cromataje*: una posibilidad enunciativa que contempla enriquecer el lenguaje y por ende la realidad, transformarla y dotarla de expresiones alejadas del modelo eurocentrado. Se trata de un tránsito en el lienzo textual que va pigmentando los estados del hilo narrativo; ese cromataje intensifica, sostiene y reactualiza nuestras emociones discursivas.

Al usarse una proliferación lingüística que parece inagotable, el indio se yergue en la vistosidad de su mundo original. Aunque los amos lo hayan explotado de etapa en etapa —la infamante Colonia, el ciego capitalismo, el patrón Estado—, se trata de un indio que canta y baila —precisamente Faicán regresa a los suyos cuando se hallan en una celebración y su hijo todavía no conocido es un danzante—, que ama a su pareja y a sus hijos, que respeta a sus mayores y que ha descubierto una salida liberadora para su pueblo. Ni una pizca del maniqueísmo empequeñecedor de piezas literarias anteriores ni del reduccionismo que caricaturizó a los indios. Al contrario, la vida psíquica del indigenado no se descuida nunca, está cargada de subjetividad, de emociones: «Faicán que regresa a su propia piel y a su lágrima, les lava en su mente a sus muertos para que entren purificados al nuevo ciclo fecundo que nace» (273).

HACIA EL CIERRE: LA TOTALIDAD DE UN POEMA

Se juntan las voces
Los muertos abren los ojos

Herederos del sol en despojos
Cargan las montañas son mina

Joaquín entre ellos camina
Derechos sus pies resucitados

El infierno de los Peralta
Cielo de los humillados

Luciérnaga del alma
Funeral de plata

Simiente en calma
Volcán que salta

Cazador con querella
Rastro prendido

Narrío escondido
Lumbre que no cesa

No hay abuelo dormido
Incansable azor lo regresa

Danza del perseguido
Inasible bala su flor

Los versos pareados de este poema titulan cada capítulo de la novela, como preámbulo nominador no convencional de unos contenidos no siempre claros. La lectura exigiría volver sobre cada título, una vez terminada la del contenido, para confirmar alguna intuición, alguna señal que se abre en medio de las páginas. Este esfuerzo adicional de la racionalidad confirma que los vuelos significativos de todo el libro no andan, precisamente, por vientos sosegados. Pero la autora, al integrar todo el texto como un conjunto, al final del libro desea que el lector haga un esfuerzo de apropiación total, un viaje psicológico de impacto a la errancia indígena, primero con «montañas» de cargas sobre sus espaldas, después con cerros y ríos, con paisajes absorbidos a lo largo de sus incontables pasos.

A ratos, los versos se cierran sobre sí mismos en una precisa imagen de ambiente —«luciérnaga del alma», «cazador con querella»—; en otros se confirma el sentido plural de la comunidad en la que «los muertos abren los ojos». La autora reverencia la memoria de quien le

diera el tema de la novela y la nutriera del énfasis creativo, en el tercer par del poema —«Joaquín entre ellos camina / derechos sus pies resucitados»—, cuando nos hace imaginar la superación de la invalidez física del escritor al asumir una auténtica resurrección en voz trascendente, en solidaridad grupal de quien supo, junto a ella, sentir y comprender a los indígenas de Ecuador. Nela Martínez «comprendió la muerte verdadera», como confiesa en el prólogo, y encontró la forma de que esa comprensión se hiciera extensiva a muchos.

Los guandos, el proyecto literario entre Joaquín Gallegos Lara y Nela Martínez, comprueba la madurez del acto ficticio. Las dos partes de la novela tienen rasgos que singularizan las voces de cada autor. Sin embargo, esto no quiere decir que ambas narrativas antagonicen. Estamos frente al resultado creativo e inagotable de la escritura. Dos presencias que se unifican a pesar de los contextos y las marcas históricas que las rodean. Joaquín Gallegos Lara utiliza las herramientas del realismo para crear en *Los guandos* un ambiente en que destaca la experiencia vivencial del indígena, marcando las pautas de la acción, reproduciendo el lenguaje de los personajes, cuidando los detalles que narren precisamente el entorno. Pinta cuadros narrativos en los que es posible sentir la violencia ejercida a los guanderos que se niegan a ir «de transporte».

Cuando Nela retoma el texto, ofrece una mirada más intimista y próxima. La textura poética de su lenguaje explora las conciencias de los protagonistas, hace conocer las transformaciones, las diferentes formas de encarar una realidad que parece imposible de cambiar. El lector se embarca en el recorrido de Pablo Faicán, se deja guiar por las iniciativas y sabidurías de Jesús Gualavisí y María Duchicela. La simbiosis naturaleza-vida consigue una narración más próxima al entorno indígena —tan añorado y conocido por la autora—, sin los estereotipos o la caricaturización que se le criticó al realismo del 30.

En este sentido, *Los guandos* es el encuentro de dos momentos de la literatura ecuatoriana. Su actualización reside en la sólida narración que sobrevive en el tiempo y que aprovecha el terreno ganado por el primer autor para transformarlo en un contenido que Nela Martínez emplea en el uso de sus multirregistros. La ductilidad de su palabra y el empleo de metodologías diferenciadoras revolucionan la escena política. Estamos hablando de la variedad de propuestas renovadas que utiliza, y que revisaré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA MILITANCIA DE NELA

Para recrear el universo militante de Nela Martínez es necesario rastrear sus principales posturas frente al rol de la mujer y su preocupación por la visibilidad política de las ecuatorianas. De su interés por buscar espacios de visibilización derivan las acciones de su quehacer público. Las experiencias y la heterogeneidad del mundo femenino son el punto de partida de sus reflexiones y ejercicio político. Me parece importante revisar sus posturas con respecto a la presencia social de la mujer y sus notables desigualdades, así como destacar su visión descentralizada de estructuras inflexibles y su esfuerzo por posicionar un quehacer propio, separado de la tradicional hegemonía androcéntrica. El trabajo literario y político de Nela refleja un ejercicio de construcción epistémica variada: la inclusión de problemas sociales y la detección de injusticias modeladas en el género. Estos rasgos nos permiten aproximarnos a la diversidad de luchas que integran su temprano interés en las esferas sociales. La realidad del indio, la mujer proletaria, los indígenas y su educación ocupan la temática central de sus textos escritos.

Asumo la *experiencia* y el relato de Nela como el material principal para aproximarme a su producción literaria. Su testimonio en *Yo siempre he sido Nela Martínez Espinosa* constela al unísono con los textos, discursos e ideas de *Insumisas* —que desarrollo en el apartado siguiente— y de *Vienen ganas de cambiar el tiempo*. El perfil político de Nela tiene sus

antecedentes en su participación en nacientes asociaciones comunistas y frentes de lucha proletaria, al igual que en la temprana agudeza ante las condiciones sociales que perpetúan la subalternidad femenina. Ella fue claramente una singularidad en un entorno de alto catolicismo y en su familia conservadora del Cañar. Sin duda estas experiencias marcan el carácter revolucionario y su temprana conciencia social,²⁹ conducida hacia múltiples frentes.

ELLAS: COMPAÑERAS EN MOVIMIENTOS

La participación de Nela Martínez en el PSE y posteriormente en el PCE es la plataforma para encontrar *otras formas*³⁰ opuestas a la estructura partidista masculina que redujo las subjetividades de las mujeres militantes. En 1938 integra junto a otras militantes³¹ la AFE, para organizar a las mujeres e involucrarlas en las luchas sociales.³² Con la creación de AFE no hay que entender un movimiento antagonista o paralelo a la existencia del PCE: este grupo es consecuente con la idea de generar y concentrar diversas luchas.³³

29 Nela hace referencia en su autobiografía a episodios de su niñez y juventud que marcaron su experiencia solidaria hacia el *otro*: «En la adolescencia, con mi incipiente proceso de autoconocimiento e independencia, causaba comentarios y asombro cuando en la plaza de Cañar me dedicaba a jugar con los muchachos. En torno a esa misma etapa de mi vida, reconozco con cuánta fuerza me marcaron los gritos de dolor de un indígena que era azotado por uno de los hacendados de la zona» (Martínez 2005, 31).

30 Me refiero a conocimientos *situados*: «[L]a localización limitada y del conocimiento situado, no de la trascendencia y el desdoblamiento del sujeto y el objeto. Caso de lograrlo, podremos responder de lo que aprendemos y de cómo miramos» (Haraway 1995, 13).

31 Como Luisa Gómez de la Torre, Matilde Nogales, Hipatia Cárdenas, Elvia Calderón, Aurora Estrada y Ayala, María Angélica Idrovo, Dolores Cacuango y Matilde Hidalgo de Procel, entre otras (Martínez 2005, 95).

32 «Uno de los primeros impactos de mi encuentro con la ciudad de Quito fue constatar la inmovilidad que caracterizaba a las mujeres en cuanto a su condición y frente a los problemas sociales. La mayoría permanecía ajena a todo lo que no fuera su hogar y las tareas que le sean propias» (Martínez 2005, 93).

33 Responde a la influencia del «browderismo» —a partir del secretario general del Partido Comunista Earl Browder—, «que planteaba la necesidad de formar las alianzas sociales y políticas bajo una revisión pluriclasista» (Martínez 2005, 49). Se hace referencia a la creación de varias organizaciones del momento, como la

Para intervenir en la escena pública, las nacientes organizaciones femeninas realizaron alianzas con sectores obreros y campesinos alineados con ideologías de izquierda. La AFE tuvo un gran papel en la lucha contra el nazismo y el Gobierno de Arroyo del Río (más adelante haré referencia a «La Gloriosa»). Su acción —y posteriormente la de la URME, creada en 1962 y enfocada en el rol participativo de la mujer— da paso a diferentes estrategias de participación y a privilegiar un tipo de pensamiento construido en los bordes de la estructura partidista. Lo que denomino «bordes» me es útil para imaginar, a modo de alegoría, los procesos en la producción del conocimiento femenino: «Ocupar un lugar implica responsabilidad en nuestras prácticas. Sigue a aquello que da base a las luchas políticas y éticas por los debates sobre lo que será considerado conocimiento racional, es decir, querámoslo o no, lo que da base a las luchas políticas y éticas» (Haraway 1995, 17).

A este aspecto se ha referido Rosemarie Terán en el prólogo de *Insumisas*, libro que recoge material ensayístico de Martínez entre 1963 y 1983. Terán señala que las prácticas militantes de Nela incorporan las experiencias de las mujeres en el campo social. Esto permite dar cuenta de un paso más allá de lo común aceptado por el pensamiento racional positivista, que privilegia «la manera de interpelar el universalismo científico defendido por el punto de vista masculino» (Terán 2012, 10):

En este sentido, el feminismo empirista comparte aspectos centrales con la tradición marxista, que encuentra en la situación del oprimido mayores posibilidades de concientización que en la del dominador. El caso de Nela podría eventualmente representar una variante de esta reflexión, en el sentido de que, por un lado, su experiencia vital y prácticas sociales se incorporan como elementos constitutivos de su discurso y, por otro, desarrolla una visión humanista, histórica y política articulada a la construcción de un sujeto femenino protagónico. (10)

Lo que analiza Terán se muestra en la estructura y el alcance de la AFE³⁴ y la URME. La formación de mujeres de distintas clases sociales,

FEI y la Organización Campesina del Litoral. Sin embargo, al referirse a la AFE, la menciona como «inspiración del PCE».

34 La AFE tuvo un gran protagonismo en «La Gloriosa». El movimiento de las mujeres fue fundamental para la organización: «No solo era la inconformidad del pueblo debido a la represión desatada por el Gobierno de Arroyo del Río y el rechazo

la aceptación de sus diversos contextos y la proximidad a estudiantes de colegio llevan a pensar en un proyecto integrador, móvil y construido por las diversas causas que ocupan el medio social:

Nos acercamos a las estudiantes de los colegios femeninos y a las escuelas de formación universitaria con presencia predominante de mujeres, como la de Enfermería. Teníamos intenso trabajo con grupos de fábrica y con madres pobres de sectores marginales de la ciudad, y al respecto, comenzamos con consultas con la doctora Matilde Hidalgo de Procel. (Martínez 2005, 101)

Por otro lado, reunir a las mujeres significó «una organización nueva, colectiva, sin jerarquías. Aquí no hay presidenta. Trabajamos en comisiones. Toda mujer encontrará un lugar en URME. No le preguntamos si pertenece o no a otra organización, etc. Nada de esas confesiones que ponen barreras» (43). Este diagnóstico ejemplifica las redes y la disposición organizativa que las desmarca de los liderazgos masculinos. Evidenciar las estrategias de los tempranos movimientos feministas nos ayuda a historizar los procesos de agrupación que podemos encontrar en la actualidad.

Las organizaciones³⁵ en que Nela colaboró buscaron la visibilización política y social de la mujer. Ella integró a una variedad de mundos femeninos: distintas profesiones y clases sociales. Su pluralismo da cuenta de la intervención fundamental de haber logrado construir una plataforma que cohesionara a las mujeres en su diversidad: «Un denominador común nos unía a todas en la lucha, y era la sensibilidad frente a los problemas sociales. Mucho nos impactaba la condición general del país, pero también sucesos cotidianos de la ciudad» (95). Las agrupaciones de mujeres buscaron intervenir en la esfera pública sin separar las condiciones asignadas culturalmente al rol femenino —la crianza, el mundo doméstico, el cuidado de los otros...— y se posicionaron como medios para incursionar políticamente en problemas manejados solo por los hombres:

total a la firma del Protocolo del Río de Janeiro, coyuntura que dio lugar no solo a la ADE [Alianza Democrática Ecuatoriana], que llamé en algún momento “arcóiris de partidos políticos”, sino que se asistía, por primera vez con tanto ímpetu, a una presencia femenina de gran trascendencia» (Martínez 2005, 95).

35 Para Nela Martínez (2005, 102) fueron la URME y el Frente Continental de Mujeres los que alcanzaron mayores conquistas. Sin embargo, reconoce en la AFE la base para dichos logros.

Si bien Alianza fomentó la creación de una unidad de mujeres de lucha por sus derechos y los de la infancia, no quisieron ser percibidas como una organización incómoda ante una opinión tradicionalmente masculina. Aclararon, en una nota publicada en el diario *El Comercio*, que buscaban evitar «toda beligerancia que pudiera causar desunión y recelo», ya que «Alianza Femenina no es un organismo de rivalidades femeninas en contra del hombre». Es así que, mientras planteaban a la maternidad «como la más elevada función social protegiendo a la vez los intereses morales y económicos de la mujer y de los niños», también abrieron un espacio transgresor que buscó poner sobre la mesa los «prejuicios de una sociedad que ha maltratado la dignidad de la mujer». (Salazar 2017, 30)

«LA MILITANCIA COMUNISTA DE LAS MUJERES ERA UN TRABAJO DURO, DE SECRETARÍA»

Desde su temprano involucramiento en acciones públicas e intervención en las organizaciones comunistas, Nela experimentó las tensiones y los prejuicios de la época a doble vía. Por un lado, portar la etiqueta del partido rojo iba en contra de todas las costumbres y esencialismos que se esperaba de la mujer ecuatoriana, y, por otro lado, estaba la difícil visibilización femenina dentro de un partido liderado por hombres. El llamado «trabajo duro, de secretaría» (Martínez 2005, 60) encubre la sistemática subalternidad que rodeó el rol de la mujer en las luchas comunistas.

No es difícil imaginar cómo se modelaba la agenda de los frentes de acción e intervención social que predominaban en la organización, y «cómo los proyectos sobre las mujeres eran asumidos por el Partido solo si coincidían con las prioridades políticas, tanto en sus alcances estratégicos como tácticos» (67). Estas líneas van de la mano con las críticas al marxismo y su análisis de la *cuestión de la mujer* en la lucha de clases y las causas de su opresión: «[L]os primitivos marxistas no se preocuparon de las *diferencias* entre las experiencias del hombre y las de la mujer en el capitalismo. No se preocuparon de la cuestión feminista: cómo y por qué es oprimida la mujer como mujer. No reconocieron, pues, el interés personal que tenía el hombre en que continuara la subordinación de la mujer» (Hartmann 1979, 4).³⁶

36 Hartmann (1979, 8) señala que «las categorías del análisis marxista, tales como “clase”, “ejército de reserva del trabajo”, “trabajador asalariado”, nos explican por qué

En *Calibán y la bruja*, Silvia Federici toma en cuenta una serie de circunstancias ausentes en el surgimiento de las sociedades capitalistas.³⁷ Una de ellas tiene que ver con la división sexual del trabajo y el rol reproductor de la mujer para sostener la fuerza laboral: «Si Marx examina la acumulación primitiva desde el punto de vista del proletariado asalariado de sexo masculino y el desarrollo de la producción de mercancías, yo la examino desde el punto de vista de los cambios que introduce en la posición social de las mujeres y en la producción de las fuerzas de trabajo» (Federici 2016, 21). La perspectiva de Federici ejemplifica la necesidad de revisar la realidad histórica de las mujeres desde sus puntos de vista. Plantea un modo de ejercicio constante: desacostumbrar la mirada, indisciplinarla y validar las versiones feministas³⁸ en la revisión histórica.

A pesar de que el PCE incluyó la participación de las mujeres en su estructura como práctica esencial del marxismo, no lo liberó de las prácticas hegemónicas y patriarcales. La mujer del partido cumplía con su «esencia», fue una subalterna dentro del cosmos partidista, tal como relata Laura Almeida en *Nosotras que del amor hicimos*:

Desde la óptica de los hombres eran apreciadas porque disminuían las tensiones internas y su palabra abogaba por la mesura, la pulcritud, el desinterés. Acostumbradas a la obediencia, tardaron años en revalorizar su condición de igualdad frente a los hombres. Debían hacer de todo, todo lo que hiciera falta: alistar el local, arreglar las sillas, limpiar el polvo, mecanografiar, preparar el café o repartir propaganda, atender a los visitantes, llevar la caja chica. Por «consideración» no se asignaba a las mujeres trabajos difíciles o peligrosos, y eso ciertamente difería bastante de los retos

determinadas personas ocupan determinados puestos. No dan ninguna pista sobre por qué la *mujer* está subordinada al *hombre* dentro y fuera de la familia y por qué no es al revés. *Las categorías marxistas, como el propio capital, son ciegas al sexo*. Las categorías del marxismo no pueden decirnos quién ocupará los “puestos vacantes”».

- 37 Añade a la *acumulación primitiva* «la construcción de un nuevo orden patriarcal, basado en la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado y su subordinación a los hombres» y «la persecución de brujas, [que] tanto en Europa como en el Nuevo Mundo, fue tan importante para el desarrollo del capitalismo como la colonización y como la expropiación del campesinado europeo de sus tierras» (Federici 2016, 23).
- 38 Para Sandra Harding, incluir las experiencias femeninas constituye una herramienta fundamental para la *estructuración de la vida social* (en Federici 2016, 26).

que ellas habían imaginado que iban a asumir en este nuevo mundo. (en Rodas 1992, 53)

La oportuna participación de Nela en los espacios políticos le permite gestionar espacios de acción junto a otras compañeras y unir sus esfuerzos a otras causas. Formar parte de la AFE y la URME en sus múltiples frentes de lucha evidencia en el horizonte de sus batallas el hondo germen colectivo: el posicionamiento de una palabra que se construyó en el espacio con los otros.

EL EPISTOLARIO: RIZOMA DEL PENSAMIENTO DE NELA

Más allá del intercambio intelectual, político y afectivo entre la pareja militante, de *Vienen ganas de cambiar el tiempo: Epistolario entre Nela Martínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara-1930 a 1938* recojo el pensamiento público de Nela y sus ideas, a partir de los cuales identifico sus móviles políticos y sociales. Creo importante señalar que Martínez no se autodeterminó feminista; sin embargo, sus luchas e ideales se ubican en las «dinámicas de cuestionamiento» que se perciben a lo largo de la historia de las opresiones lideradas por las luchas de las mujeres: «El feminismo alude primero a la práctica histórica de los movimientos sociales: a la fuerza contestataria y reivindicativa de luchas destinadas a suprimir los efectos de la desigualdad sexual tanto en las estructuras públicas como en los mundos privados. Esas luchas históricas formulan una dinámica de cuestionamientos» (Richard 2001, 234).

En Nela constato una vez más cómo los sujetos femeninos han tenido que negociar y armar estrategias de enunciación que erosionan el régimen patriarcal. Hay que ubicar a Martínez en un lugar específico: situarla en la centralidad de la enunciación, desmarcar su legado, construir tejidos de ideas circundantes en los apartados seleccionados de *Vienen ganas de cambiar el tiempo*, cuya potencia reivindica la vitalidad de una perspectiva que reconoce al sujeto femenino como indispensable para las luchas sociales del momento. En las incomodidades que Nela sospecha del mundo que oprime a las mujeres percibo lo que Marcela Lagarde (1997, 17) atribuye al uso de la *perspectiva de género* en la construcción subjetiva y social hacia la comprensión de un mundo que relea los hitos históricos, sociales, culturales y políticos *desde* las mujeres y *con* las mujeres:

Las mujeres han compartido sus descubrimientos, comparado y sistematizado su experiencia y poco a poco han tejido consensos a las alternativas. En este ir y venir, en este fluir comunicativo de las mujeres, ellas se han globalizado, han aprovechado los canales formales e informales creados para intercomunicar a otros sujetos e intercambiar otros bienes, y se han colocado en espacios primordiales para impulsar la causa de las mujeres y hacerla una causa social, de mujeres y hombres, de organizaciones y organismos, de Estados y de instituciones internacionales. Han aprovechado esa concatenación de espacios, fuerzas y recursos para convocar y abarcar a más y más mujeres en la acción liberadora.

El contexto de las cartas entre Joaquín y Nela está marcado por los anhelados ideales de cambios y transformaciones sociales en Ecuador. El PCE se funda en 1930 y es la columna sobre la cual se erige el intercambio epistolar. Se percibe en el tono de los escritos entre los dos intelectuales un desborde de inquietudes, discusiones y anhelos políticos que se centran en las luchas de los indígenas, la clase obrera y los montuvios de la Costa. Hay que precisar también que estos intercambios arrancan cuando Nela tenía 17 años y Joaquín —quien ya había publicado junto a Demetrio Aguilera Malta y Enrique Gil Gilbert el volumen de cuentos *Los que se van*—, 21; su imagen de escritor comprometido era incómoda en el conservador mundo intelectual ecuatoriano.

El vínculo afectivo y el testimonio amoroso que hay entre los escritores son facetas indiscutibles de las cartas, pero situarse solo en esta perspectiva sería subalternizar a uno de ellos. ¿Cómo no pensar en la categoría de amor romántico, que «para las mujeres, más que para los hombres, [...] es definitorio de su identidad de género» (Lagarde 2001, 12), develando las jerarquías de poder que entran en juego en los espacios personales? La relación de Nela Martínez y Gallegos Lara inscribe a la autora en una constante histórica con respecto a la producción intelectual de las mujeres; su vida política y su quehacer puestos en segundo plano con respecto a la potencia de la imagen masculina. De esta manera, mi acercamiento insistirá en la desestructuración de las cartas y su potencia feminista, constructora de un pensamiento político y una apuesta colectiva en que es innegable el móvil de integrar las voces de las mujeres.

El proyecto epistémico de Nela se caracteriza por transmitir una voz orgánica e incómoda. Hay construcciones propias que se alimentan de los estímulos de lecturas de la época y de los intercambios con sus

compañeros de partido y círculo intelectual cercano; sin embargo, su apuesta es situada y consciente de una realidad que denuncia desde las injusticias coloniales. Su plena consciencia social la lleva a plantear alternativas que no serán palabras muertas, sino que se convertirán en las acciones que las clases oprimidas necesitan para generar alianzas y estrategias de lucha. Llamam la atención ciertas ideas y categorías expuestas en el intercambio con Joaquín en 1931:

El pensar es ya accionar; es obrar en nosotros para llegar a los demás. Estamos perdiendo al Ecuador por egoísmo. Se coloca en la cumbre el «yo». El instinto personal absorbe íntegra la razón. No triunfa siquiera «el nosotros», peor aún «el todos». Hay muchos unos que se ahogan, que se asfixian, que están encumbrándose sobre cadáveres. No importa subir sobre muertos. La cosa es destacarse, estar más arriba del vecino y glorificarse. Ese porqué angustioso lo he definido contigo: es la muestra de que vivimos mientras tantos, tantos «vegetan». El fierro que nos señala hombres quemándonos en carne viva. Tenemos un deber, transmisión y herencia española. Resucitar la raza tornándola cósmica. Incorporarle al indio en el total trabajador consciente de la tierra. Traerla en derechos y energía autoactiva. Recoger su altivez de bronce para volverla platino en la más luciente realidad. (en Ortiz Crespo 2012, 77)

Los fragmentos de la carta se leen como un ensayo cotidiano e íntimo que sintetiza su accionar político, su *ars poetica*; nos acercamos a las relaciones hegemónicas que predominan en la sociedad ecuatoriana. Al reconocer el rol del opresor en las clases privilegiadas, es posible reactualizar las nociones que describe Nela, a partir de los conceptos que María Lugones (1999, 9) propone para repensar al cuerpo *otro* lejos de las categorías de apropiación que vienen impuestas por *grupos puros y homogéneos*: «En tanto que el sujeto moderno triunfa en este intento por controlar la multiplicidad, la producción está empujada por sus necesidades. Aquellos que la producen se convierten en productores de la estructura “percibida” por el amante de la pureza desde la posición privilegiada racional». Y es en la tensión entre «pureza» e «impureza» que se inscriben las relaciones de exclusión y subalternidad que en este caso percibe en los indígenas y que también denuncia en la situación social de la mujer.

Nela integra la categoría de clase para analizar las múltiples opresiones que se inscriben en los cuerpos subyugados a las clases acomodadas (idea que también desarrolla en *Los guandos*):

El indio por sí mismo nada podría. Hay que despertarle a gritos, destróznándonos quizás. Y sí es verdad que soy india y me defiendo en ella; lo es que constituye también, la clase actual del Ecuador crucificada. La más tiranizada en explotación, en despojos e injusticias. Es sobre la que cae aplastante toda la miseria defraudada del capitalista extranjero y nacional. Ese cuento de Feafa tiene una realidad que traspasa. El ser miserable que busca el dolor más fuerte para olvidar el más íntimo. El indio que pide contribución de sangre a su pena ya que la hay de amor. [...] ¿Y no crees que el lugar social determinado en la escala burguesa puede ayudarnos para distribuir independizándonos de ella la lógica económica sintética política y única de la revolución comunista en hechos de trascendencia nacional o colectiva? (en Ortiz Crespo 2012, 77-8)

EN LA BÚSQUEDA DE ACCIONES: «HE QUEDADO EN EL SILENCIO ESPERANDO QUE LA MUJER SURJA AGITADA POR LA VOZ DE OTRA MUJER»

Las primeras reflexiones de Nela buscan comprender los problemas que excluyen a la mujer de los asuntos públicos y la conducen a preguntar, replantear e intercambiar ideas que le permitan visualizar el horizonte de las próximas luchas. Hay que tener en cuenta que a partir de 1895³⁹ la mujer fue reconocida como ciudadana en la misma categoría que los hombres. Por lo tanto, en el contexto de las cartas, entre 1933 y 1937, estamos frente a un temprano momento de acciones organizadas para dotar a la mujer de herramientas autónomas y reivindicativas. Ante esto, Ana María Goetschel (2006, 19) identifica en el naciente feminismo ecuatoriano del siglo XX «el reconocimiento a la ampliación de los derechos de las mujeres y a la búsqueda de su participación en diversos ámbitos públicos», y da un panorama más claro sobre las diversas motivaciones feministas y sobre los ejes en que se asienta el despertar de las mujeres: «Otro aspecto en el que parece haber consenso es en la

39 «Una vez producida la Revolución Liberal, la Constitución de 1897 estableció que para ser ciudadano se requería la edad de 18 años y saber leer y escribir, al contrario de la Constitución anterior (1884), que decía: “[S]on ciudadanos los ecuatorianos varones que sepan leer y escribir y hayan cumplido 21 años o sean o hubieran sido casados”. Aunque en la Constitución liberal no había prohibición, las mujeres no votaban; en la práctica se pensaba que no eran ciudadanas con posibilidad de elegir y participar en la política, aspecto que en parte era aceptado por las propias mujeres. Tampoco fueron consideradas como seres autónomos; la percepción “natural” era que no estaban en capacidad para ejercer ese derecho. Se consideraba, como se ha visto, que eso era parte de su identidad femenina» (Goetschel 2006, 28).

necesidad de que sea un feminismo femenino, entendido este como resultado del “cultivo de las cualidades propiamente femeninas; desarrollo consciente y apropiado de sus aptitudes; correcta y firme aplicación de sus conocimientos; aprecio y valoración de su emotividad”» (20).

El estudio de Goetschel destaca la pluralidad de discursos feministas y de una variedad de preocupaciones que se recogen en el pensamiento de la época: la *complementariedad en la relación entre hombres y mujeres* y el surgimiento de negociaciones para dar paso a otros caminos de entendimiento sobre el rol de la mujer.

Escritoras de la revista *La Mujer* como Zoila Ugarte, en cambio, no se adscribieron a esa imagen sino que negociaron con ella planteando que el lugar de las mujeres no debía ser únicamente el espacio doméstico. Zoila Ugarte de Landívar, de pensamiento liberal ilustrado, dice que «es demasiado cruel que los egoístas quieran hacer de la mujer un simple biberón humano y nada más humillante que el destinarla al papel de hembra inconsciente». Ellas afirmaron que no querían que la mujer deje de cumplir un papel significativo en el hogar, pero que sus atenciones no debían limitarse al estrecho círculo de la familia, dotada como estaba de inteligencia y sensibilidad con los que podía contribuir al mejoramiento de la sociedad. (24-5)

Las tempranas reflexiones de Nela dentro del epistolario giran en torno a la diversidad de un pensamiento feminista que defiende la igualdad de las mujeres y a su convencimiento de que hay que buscar las herramientas fundamentales para su accionar público. Martínez confía en la lucha codo a codo: se lee en sus iniciales posturas el indiscutible protagonismo de la mujer, pero convirtiéndola en una aliada del mundo masculino. La autora confía en un frente colectivo que le permite idear un panorama más optimista para las futuras luchas, tal como se lee en el fragmento de una carta a Joaquín en 1931:

Solo libertándola a la mujer puede ser útil nuestra cultura. Necesita integración para ser fuerte. No se ha de forjar tan solo en el hombre. Debe complementarse para no sucumbir. Para representar totalizado el pueblo, no una mitad o menos de la humanidad. Hay que iniciar el nuevo concepto acerca del carácter de la sociedad conyugal que incluya el fundamental cimiento de la situación económica, jurídica y moral de la mujer en la sociedad presente. La ideología socialista solo encauzando en su movimiento a la mujer puede encontrar triunfo completo en su idiosincrasia. (en Ortiz Crespo 2012, 68)

La carta continúa con la necesidad de incitar al hombre a una defensa de las causas femeninas. Identifico en el intercambio la respuesta a la urgencia de la acción inmediata y a la posible postura de una estrategia de negociación que estará presente en sus futuros frentes. El discurso de Nela confía en la imagen de *nueva mujer*,⁴⁰ pero que sea un llamado a la lucha conjunta donde se inscribe el temprano feminismo ecuatoriano que apeló al hombre como fraternidad (Goetschel 2006, 21):

¿Quiénes son los primeros en lanzar su anatema contra la mujer nueva? ¿En criticarla, calumniarla y poner barreras de imposible a su gesto redentor? Los hombres. ¿El hombre debe buscar la defensa de la mujer como un deber imperioso de absoluta urgencia? ¿Cuándo? Ya. De inmediato. Se trata de levantar una lucha viril. Una voz reconocidamente lógica. No ya un grito de agonía o desaliento que es lo que se hace hasta hoy entre nosotros. (en Ortiz Crespo 2012, 68)

En 1931, a propósito de una carta que responde a Joaquín sobre la maternidad, Martínez revela su postura inamovible y rigurosa: «Me dices: “La mujer por el hecho de llevar la carga de la maternidad ¿ha de seguir siendo la esclava, el juguete, el instrumento?”» (67). Ante ello, Nela debate y amplía la noción de maternidad, no la rechaza; percibe a la mujer en su rol supremo —intuyo que lo eleva a cualidad y valor superior frente a los hombres—, cuestiona que se pretenda ver a la mujer solo en su capacidad reproductiva y gestora de vida:

La mujer por el hecho de llevar el don de la maternidad ha de ser humana, con la humanidad divina de la creación física, de la creación espiritual. No es la concepción material la que lleva en sí únicamente. Creo que la maternidad es una ciencia de ley universal, estudiada intensamente en cada mujer por la conciencia natural; una ciencia-virtud que se levanta santificada del fondo mismo de la carne. Pero a este don de la maternidad le ahogan el alma. Le sepultan en abismos de injusticia. Le quieren simple reproductora. (67)

La maternidad para Nela no es subordinación. La equipara a una función social-redentora, es decir, unida a la visión y a la liberación.

40 Puede referirse al término de la autora inglesa Sarah Grand (1894), quien propuso un modelo diferente de mujer, lejos del victoriano, en su artículo «The New Aspect of the Woman Question».

En este sentido, Martínez sugiere el signo de fecundación femenina en clave de nuevos comienzos, de trabajar en las raíces de la tierra, fértil para las ideas, para las revoluciones. Apuesta a la potencia de la mujer y la madre, confía en el germen de su liberación:

¿Deberá la mujer amar el fruto de traiciones canallescas, de violaciones infames, de triunfos brutales? ¿Podrá ser madre con hijos engendrados en la compra comercial de la pasión, o en la venta de su cuerpo al capricho irrefrenable, al goce sensual solamente? Si hay algo que de ese estado la levante, la dignifique, es el germen de la maternidad que existe en toda mujer. ¡Germen de creación y de vida! Levanta su rebeldía ante las rutinas que la tienen esclava. Predícale el vigor de la revolución social que salva. Enséñale a protestar contra la lucha plástica en donde la erigen ídolo animal de belleza desleída y fugaz. (67)

MOVIMIENTOS DESESTRUCTURANTES: RETRATOS SOCIALES, «LA MACHORRA» Y «CUENTOS DE LA TORTURA»

El trabajo literario de Nela Martínez conforma lo que denomino un «registro del entrañamiento», es decir, la intervención directa de quien se expresa y encarna en hechos su praxis de vida. Desde la escritura de textos que incorporan las heterogeneidades femeninas —ya sean invisibilizadas históricamente, como en el caso de Manuela Sáenz, o mostradas en sus dramas cotidianos de supervivencia—, participa activamente en la lucha por la reivindicación del sujeto femenino en todas las esferas sociales. Nela narradora observa la realidad anclada en varios escenarios y encamina su hacer hacia procesos transformadores. Su creación textual es la fuerza latente de su militancia. Detenerse en su producción escrita lleva a considerar «la construcción de formas de socialización y nuevos pactos culturales entre las mujeres» (Gargallo 2006, 35) como una manera de teorizar desde la práctica y revitalizar las luchas políticas feministas.⁴¹

Para transversalizar la voz de Nela, he seleccionado dos publicaciones de *Insumisas* y cuentos publicados en las antologías *Cuento contigo* (1993) y *Cuentan las mujeres* (2001), de Cecilia Ansaldó, y *Antología de narradoras*

41 Prácticas feministas que se suscriben a varias luchas: igualdad de condiciones frente a los hombres, reconocimiento de su activa participación política, denuncia de todas las demás opresiones ancladas en el género, la raza y la clase: «[C]rear conciencia, transformar las estructuras institucionales y legales» (Dietz 2005, 1).

ecuatorianas (1997), de Miguel Donoso Pareja: sus intereses militantes y sus horizontes literarios son inseparables. Estamos frente a una autora que construyó un transitar vital imbricado en las luchas sociales y políticas. Su temprana preocupación por el rol participativo de las mujeres y la denuncia a las injusticias que subyugan a las clases oprimidas la obligan a mirar y a creer en la palabra como herramienta desestructurante.

La palabra incómoda, la descripción descarnada, la apelación al horror de la existencia cotidiana confluyen en la percepción de una realidad que debe ser exhibida desde todas sus aristas. Provocar rupturas es el efecto de una escritura que fracciona los imaginarios adormecidos frente a la indiferencia y la precariedad del *otro*. Hay una voz que intuye la anestesia colectiva y opera para diluirla. Así es movilizarse dentro del tejido narrativo de Nela, que trasluce un *posicionamiento del sujeto* colectivista, oscilante y atento a crear mediaciones dialógicas. Consigue irrumpir en la escena epistémica para interpelar los mecanismos subjetivantes y de representación con el fin de deshabitar procesos sociales homogenizantes (Richard 2001, 738).

CERCA DEL MARGEN: LA INFORMAL, LA OBRERA Y LAS CAUTIVAS

Los testimonios que recoge Nela en sus trabajos reflexivos incorporan a modo de etnografía los problemas que atraviesan a las mujeres en su diversidad. En su propósito de denuncia social aparecen la obrera, la comerciante informal, la madre que no tiene dónde dejar a su hijo recién nacido, y personajes de ficción que denuncian los padecimientos de ciertas mujeres. Esta aproximación que realiza la autora cañareña para ir creando su registro de entrañamiento permite descifrar desde diferentes miradas las cadenas de opresión que siguen vigentes en la realidad histórica de la época y hace que nos cuestionemos sobre las conquistas fracasadas: ¿qué pasa con la fuerza de trabajo femenino en un mundo capitalista?, ¿cómo afectan las políticas neoliberales a las realidades domésticas y públicas de las mujeres? En la etapa en la que se escribieron estos textos, entre 1960 y 1983, Ecuador se encontraba en la fase de industrialización. Por lo tanto, este período es terreno de lo que Alberto Acosta denomina «un tibio cambio estructural»⁴² en el

42 «La lucha norteamericana contra la Revolución cubana abrió la puerta a la denominada “Alianza para el Progreso”, a cuya sombra se introdujeron algunas

proyecto de un Estado que, a pesar del auge petrolero de la década de los 70, nunca arrancó hacia un verdadero desarrollo:

El auge petrolero y el masivo endeudamiento externo influyeron en una economía bastante aletargada. Sin embargo, no se puede creer que esos dos factores fueron los únicos determinantes. Aquí impactó también una batería de factores sustentados en la disolución de las relaciones no capitalistas en el agro, sobre todo en la Sierra; la crisis de la actividad agroexportadora del banano; el crecimiento de una industria protegida por el Estado; y un masivo y desordenado proceso de urbanización. (Acosta 2006, 155)

Ubicar la producción de Nela en este marco socioeconómico conduce a identificar la línea de mecanismos y formas de intervenir en la realidad. Una realidad que orienta a registrar el entañamiento como opción transgresora y a localizar una *pedagogía del hacer*. Si bien la temprana reflexión de Nela queda ya expuesta en el epistolario, serán sus experiencias, alianzas y diferentes escenarios los que consoliden la madurez de su propuesta. De esta manera su pensamiento es una apuesta al acervo colectivista y a la memoria histórica: esa que va tejiendo subjetividades y eferescencias epistémicas.

Esta potencia discursiva a la que me refiero la ubico en «Esta voz no gime, denuncia: El cacharro y la vida», de 1963, publicado bajo el seudónimo de Diana Arcentales.⁴³ Se trata de un texto híbrido: entre el reportaje, la crónica y la semblanza. La publicación periodística se centra en Emma R., joven huérfana de padre que debe comprar y vender mercadería de manera informal para ayudar a su madre viuda y hermanos. El texto arranca con la narradora en primera persona, que realiza un retrato y una descripción topográfica para ubicar al lector:

Ante mí Emma R., mujer de ojos llenos de soledad, de piel fresca, de sonrisa triste. Su juventud parece sumergirse en una nube oscura, tanta es la

propuestas modernizantes del capítulo periférico, que alentaron un tibio ejercicio de cambio estructural» (Acosta 2006, 113).

43 Nela utilizó una variedad de seudónimos (algunos de mujeres de amplia importancia histórica) en sus tempranas publicaciones: «Recuerdo algunos: Nelia Sur, Nelly Azur, Mariana de Pineda, Rosa del Pueblo, Ximena de Vivar, Bruna Tristán, Rosa Sol» (Martínez 2005, 141). Sus escritos aparecieron en las revistas *América*, de Uruguay, y *Continental*, de Cuba, así como en *El Tiempo* de Bogotá y en *El Comercio* de Quito.

inquietud que la hace temblar en calofrío violento, como si tuviera fiebre. He subido a San Juan, desde donde se mira la ciudad tendida al pie del Pichincha. Pero la ciudad es también esta colina, donde las casas miserables, de barro tosco, parecen apenas hongos brotando de la misma tierra. Escalinatas y cuestras, calles retorcidas donde la piedra redonda dificulta el paso, luz escasa que no consigue romper el muro de la sombra. (Martínez 2012, 41)

Nela despliega su arsenal narrativo en función de contar y colocar en el centro del relato vivencial a Emma, sin dejar de lado el diagnóstico que singulariza la desigualdad entre clases sociales: «Como en tantas otras casas pobres, donde habita el pueblo, los elementos circulan entre sus habitantes. El aire que entra en viento áspero, el agua que azota en lluvia aunque escasee en la llave, el fuego que arde en breve lumbre de gas para cocer los alimentos en mitad de los rostros que se crecen hasta el magro sustento» (41). A lo largo del relato se produce un efecto de cercanía y espontaneidad que coloca a Martínez al mismo nivel de la protagonista del texto, anulando la superioridad de la voz autoral para hermanarse con la realidad femenina: «Con su hablar cantarino, pastuso, como decimos acá, ella va relatando su vida que es apenas la historia de una dura batalla contra el hambre: “Las huérfanas no tenemos juventud, ni novio, ni nada que se parezca a la dicha”» (41). No hay traducción del *otro*, el texto da paso a la voz de Emma, a la reproducción de sentimientos, con la intención de recoger un testimonio que habla por sí mismo, así la voz anónima se colectiviza en la singularidad de la protagonista:

Desde entonces vivo en dos mundos. Este que parece el mundo de los que están despiertos, de los que se sientan ante la mesa para comer, de los que van a misa, de los que se saludan, de los que miran al vecino [...]. Y el otro que es como si uno caminara en sueños [...]. Hay que caminar de noche, con viento, con lluvia, con hielo, como sea. Caminar kilómetros de kilómetros en puntillas, sin hacer ruido, atentos a todo movimiento, vadear los ríos con el agua que muerde la carne, seguir con las ropas mojadas hasta que se sequen en el cuerpo, cuidar de las cosas que uno ha comprado, más que si fueran hijos... Cuando traemos galletas, o caramelos, o jabón, hay que poner a los bultos los ponchos de agua, pasarlos con los brazos en alto, impedir a toda costa que se mojen. (41)

Más adelante conocemos la denuncia que revela el texto: «[D]e repente los guardas caen encima, insultan, patean, disparan, matan, se llevan todo. Después de sufrir la cárcel, de pagar la multa, a comenzar otra

vez, con más rabia, con más pena, pero de nuevo a lo mismo, porque si no, ¿cómo se come?, ¿cómo se cura la madre?, ¿cómo se saca adelante a los chicos?» (41-2). La escena ilustra las condiciones de las vendedoras informales y recoge la violencia que se ejerce sobre ellas. De pronto la voz de Nela irrumpe para mostrar lo paradójico de la institucionalidad: «¿Qué pasó el 8 de marzo? ¿Sabe usted, Emma, que ese día se celebra en todo el mundo el Día de la Mujer?» (42). La narración sigue con la intervención de la señora Rosario, quien relata con más detalles cómo los militares utilizan su fuerza para echarlas e impedir la venta de la mercadería.

El testimonio de Emma evidencia el diseño de una sociedad patriarcal y de hondas desigualdades sociales. La escritura de Nela se preocupa por mostrar las capas imperceptibles que subyacen en un Estado que descuida las demandas de vida digna y de oportunidades. La mirada de la autora se enfoca en un mundo que precariza a ciertas mujeres y, sin duda, denuncia la división sexual del trabajo como mecanismo de explotación garantizada. Estos textos anuncian una voz pública y veedora de la sujeción frente al reparto del dominio que ejercen los «opresores patriarcales» (Lagarde 2015, 476), cuyo rol principal lo ocupa el Estado:

La escritura fue para mí la mejor manera de reflexionar sobre la vida de las mujeres sencillas del país, aquellas que inmersas en el contexto parecen no pesar nada pero que arrastran a diario sus propias existencias para terminar de darle sentido a las cosas. Protagonistas humildes, son claramente reveladoras de vivencias patriarcales venidas desde muy lejos. (Martínez 2005, 149)

En los textos que publicó Nela parecería constatar la existencia del «patriarcado salarial», adaptado al contexto precario de las mujeres que diagnostica Silvia Federici en *Calibán y la bruja*: retazos de macrodependencia⁴⁴ económica para definir las relaciones con el Estado. Las mujeres ecuatorianas que selecciona Nela demuestran el fracaso de un proyecto económico que es necesario desacomodar políticamente para recoger el privilegio masculino: «Ello se debe al carácter patriarcal de

44 Propongo este término para adaptar la definición de Federici (2016, 149), quien se centra en el nuevo estatus de la familia para explicar la apropiación y el ocultamiento del trabajo de las mujeres en el entorno doméstico.

nuestra sociedad y de todas las civilizaciones históricas. Recordemos que el ejército, la industria, la tecnología, las universidades, la ciencia, la política y las finanzas —en una palabra, todas las vías del poder, incluida la fuerza coercitiva de la policía— se encuentran por completo en manos masculinas» (Millett 1995, 70).

En esta exploración de Nela por despertar una conciencia en clave feminista hay que subrayar la inseparable noción de clase y género que alimenta su pensamiento. Los mecanismos de opresión surgen de varias dinámicas, y esto lo podemos leer en «Una entrevista de la puerta de la fábrica a la casa»: un llamado de atención a las industrias para facilitar guarderías que acojan a los hijos de las trabajadoras. La publicación arranca con la descripción del paisaje urbano: «Días fríos los de este mes de febrero, con niebla sobre la ciudad. Quito tirita cuando está gris y más aún en los barrios donde habitan los obreros, pues allá no llega ninguna señal de que la ciudad progresa. Calles empedradas y torcidas, mal iluminadas, con escasez de agua. Los niños vuelven más triste al paisaje con sus pies desnudos, su escasa vestimenta» (Martínez 2012, 49). Más adelante, la autora singulariza su mirada hacia el personaje que convoca su entrevista: «Sigo, al azar tras una figura de mujer que camina a prisa hacia Chiriacu, en donde las casas de barro tienen un aspecto de desamparo y tristeza como si estuvieran deshabitadas. En el camino la abordo. [...] Es difícil decirle el propósito que me lleva. ¿Una entrevista? ¿Y qué puede importarle, a una obrera que corre a su hogar, una entrevista?» (49).

«Una entrevista de la puerta de la fábrica a la casa» continúa con la presentación amplia del tema central y, a modo de alegoría, pluraliza la realidad de —seguramente— varias trabajadoras. La mujer protagonista del relato cuenta detalles de su cotidianidad: trabaja todos los días y deja a sus tres niños solos encerrados con llave en el cuarto pequeño donde viven:

Y así, al conjunto de esos niños que no conozco, se inicia nuestra conversación. Pronto sé que María —tal es su nombre— gana entre noventa y cien sures semanales, que paga ochenta mensuales por la habitación, que mantiene sola a sus hijos, que se levanta a las cinco de la mañana para adelantar la preparación del desayuno y el almuerzo, que regresa de la fábrica para atender en una hora a sus hijos, que los sábados y domingos los emplea en lavar su ropa y la de los chicos, en coser y planchar. (50)

La cronista se desplaza, se involucra y manifiesta sus ideas como bálsamo solidario: «[H]e venido a escuchar, pero me siento obligada a hablar. Le pregunto sobre su sindicato, sobre las organizaciones de mujeres, sobre la necesidad de que esos problemas que ella tiene, que son los de la mayoría, sean resueltos colectivamente» (50). Esta constante intervención de Nela —también presente en su propuesta literaria— es una práctica que involucra la desestructuración de acciones tradicionales que acostumbran, naturalizan y anestesian la mirada hacia las desigualdades sociales. Identifico experiencias entendidas como pedagogías que nos animan a pensar hacia otros caminos y rumbos epistémicos «que incitan posibilidades de estar, ser, sentir, existir, hacer, pensar, mirar, escuchar y saber de otro modo» (Walsh 2013, 28). Hay en la producción de Nela un hilo conductor que reafirma la noción de *pedagogías enrumbadas*.⁴⁵ Dicha impronta permite releer su desplazamiento textual en «La machorra» y «Cuento de la tortura n.º 2». Al centrar la mirada en las historias de las mujeres sencillas —como ella denominó a este interés—, nos asomamos a las dinámicas y facetas que ilustran la subalternidad de las mujeres. También comprobamos lo que Marcela Lagarde denomina el «cautiverio de las mujeres»,⁴⁶ al identificar el rechazo y violencia que ellas experimentan al no coincidir con las demandas patriarcales y moldes genéricos:

De esta manera me aproximo a ellas en algunos de mis textos, como «La machorra» y «Cuentos de la tortura». Allí, la imagen de las mujeres que quiero establecer pretende ayudar a entender los fenómenos sociales a los que se ven abocadas, como el desprecio esencial que han vivido por ser mujeres y las exigencias para el cumplimiento de ciertos roles de los cuales no pueden salirse, a riesgo de verse sometidas al escarnio público. (Martínez 2005, 150)

Antes de ingresar al mundo de la cuentista, creo necesario aproximarme al lugar que ocupa Nela Martínez dentro de la narrativa ecuatoriana del siglo XX. Si bien la autora fue incluida en las antologías *Cuento contigo*

45 Catherine Walsh utiliza este término para referirse a los procesos y proyectos horizontales encaminados hacia el destino decolonial.

46 Amplía más el diagnóstico a pesar de ciertas conquistas ganadas: «[L]a mayoría de las mujeres vive cautiva tratando de sobrevivir, cumplir sus obligaciones sociales y vitales, y realizarse, haciendo el mejor esfuerzo sin alcanzar [...] el apoyo o el trato equitativo de los otros próximos, de la sociedad y el Estado» (Lagarde 2015, 124).

y *Cuentan las mujeres*, de Cecilia Ansaldo, y *Antología de narradoras ecuatorianas*, de Miguel Donoso Pareja, es poco conocida en su labor narrativa. Me atrevo a lanzar algunas preguntas en el camino de este texto: ¿acaso su escasa producción literaria incide en su poca —casi nula— notoriedad en la escena literaria?, ¿quién decide la presencia de la voz de los autores y autoras? Estas interrogantes se intuyen en los pronunciamientos de los antologadores que acabo de mencionar. Ambos hacen hincapié en la recurrente aunque distanciada producción de la autora, y destacan que por falta de organización la obra de Nela no está recopilada en su totalidad. Para Miguel Donoso Pareja (1997, 33), «[e]l caso de Nela Martínez es, al mismo tiempo interesante y lamentable. Autora de un buen número de cuentos, ha publicado un solo libro». El autor guayaquileño hace referencia a los cuentos «El azote», «Sequía» y «Panama hat» —Ansaldo, en *Cuento contigo*, dice que están extraviados—, «que muestran una tesitura equivalente en calidad a la de los narradores de los años 30, de los que fue contemporánea y única acompañante literaria». Además, le recomienda a la autora publicar «Cuentos de la tortura» y que evite «el pecado de lesa literatura en que ha incurrido con los de sus inicios» (33).

Cecilia Ansaldo (1993, 130) también reconoce la prolifera vocación narrativa de la autora, pero evidencia su gran obstáculo: «la permanente renuencia de Nela Martínez a organizar su obra, diseminada en múltiples medios». Ansaldo revela que los cuentos que aparecen en sus dos libros fueron inéditos y cedidos generosamente por la autora. En este sentido, Martínez o no se interesó por la organización del material cuentístico o lo consideraba parte de un todo; es decir, sus publicaciones en diferentes medios y su labor militante están imbricados ya en su vocación de escritora. Me atrevo a pensar que su hacer estuvo más encaminado a fortalecer las causas por las que tanto luchó. Como bien mencionó en su autobiografía sobre las ficciones, «[n]unca sentí nostalgia por haber abandonado en ciertos momentos la escritura meramente literaria porque las prioridades en mi vida me exigían contribuir con la transformación del Ecuador como lo más urgente. Este hecho me llevaba a utilizar un lenguaje directo y claro, pero, por sobre todo, revelador de la realidad» (Martínez 2005, 190).

Luego de este preámbulo, es preciso encontrarse con los cuentos que nos acercan a los intereses sociales y contemporáneos de la autora. Primero, «La machorra», palabra que se utiliza en la Sierra ecuatoriana

para referirse a la mujer estéril; en este relato, una narradora en primera persona presenta a la protagonista y a partir de encontrarla en la montaña El Muerto la conocemos: «Yo soy hija de blanco, como ves. Mama Dolores era vaquera cuando el patrón subió al cerro. Mejor hubiera sido no nacer. Mama Dolores se casó con el huasicama de la hacienda. Ay, fueron dos para pegarme» (Martínez 1997, 151). El drama empieza en el rechazo del cuerpo mestizo y en la imposibilidad de convivir dentro de los parámetros del entorno social:

De todos los sitios me despedían. Comenzaron a llamarme la machorra. Decían que era como las mulas que nunca pueden tener críos. Todo el pueblo me insultaba. Las mujeres casadas me maldecían. Dejé de servir. Buscaba un hombre y lo seguía, con tal de que fuera blanco [...]. Yo seguía rezando siempre, pidiéndole a Dios un hijo, para que me calmara la sed, para que viniera la paz. (154)

La obsesión por engendrar un hijo determina a un personaje femenino que cree en la maternidad como un refugio donde encontrar vínculos y afectos. El rol de madre negado y ausente nos aproxima a la realidad de las mujeres que encarnan la *incompletud* asignada genéricamente. Este interés temático está ya muy presente en fragmentos del epistolario que analicé en el apartado anterior. Encuentro ideas que sostienen y encaminan la creatividad literaria de Nela y que a su vez validan las creencias propias sobre el rol materno y movilizan sus líneas personales. En gran parte de su autobiografía comenta el desafío de haber sido madre soltera, producto de una relación con el compañero militante Ricardo Paredes. Es muy importante aclarar que Nela se siente desafiante y fuera de las normas sociales que rigen la vida de las mujeres. Su autosuficiencia queda demostrada en la crianza de su primer hijo, lejos de la formalidad del matrimonio. Hay testimonios muy solidarios sobre la colaboración compartida con Luisa Gómez de la Torre, quien ayudó a Nela a cuidar a su hijo:

No puedo estar en completo acuerdo con un cierto feminismo radical sobre el instinto materno. En esa primera ocasión, y en las siguientes, con mis otros tres hijos, yo viví los embarazos en plenitud, con verdadera intensidad y, como a muchísimas mujeres, ninguno de los detalles de los partos se me ha desdibujado en la memoria. Me parece que el deseo de perpetuación se impone con todas sus ternuras. (Martínez 2005, 48)

La machorra huye para ocultar su estigma. Yerma ecuatoriana, no tiene sosiego y se consuela meciendo en sus brazos un niño de trapo, se esconde en la montaña donde la encuentra el narrador, pero esa acción la muestra libre e inmersa en su enajenación:

Una de las contradicciones más graves para las mujeres se genera entre su maternidad genérica y su esterilidad particular. La incapacidad de tener hijos propios, paridos por ellas mismas, constituye la negación de uno de los hechos que constituye a las mujeres como tales: la procreación. Si cualquier mujer es un ser incompleto, la madre estéril es una mujer incompleta e imperfecta, ocasiona asombro y desdén. La relación casi automática entre los hechos de su cuerpo y su voluntad, asentada en la ideología naturalista de la feminidad, ocasiona que la vivencia de la esterilidad por parte de las mujeres esté marcada por la culpa y el castigo. (Lagarde 2015, 866)

Por eso, para la mestiza que viene del ultraje constante pero que ha deseado en el hijo la redención a todas sus culpas, la infertilidad es la mayor de sus desgracias, una tan grande que solo tiene salida en la locura, salida que es un laberinto donde da vueltas sobre sí misma con un bulto acunado en su pecho. La no madre no tiene puesto en ningún lugar. La narración se centra en la tensión de un cuerpo-marca que está en falta y que irrumpe en los modos habituales de la representación femenina. En este sentido, «[e]l cuerpo no es un dato pasivo [...], sino más bien la potencia misma que hace posible la incorporación protésica de los géneros» (Preciado 2005, 160), y que es leído en función de la desacomodación de los atributos, costumbres impuestas sobre el cuerpo:

Decían: Chaupi blanca, ojos de gato, hija de *sacharuna*. Ja, ja, ja, yo me reía cuando tenía que servir a los *huahuas* indios de mi madre. Era patrona, patrona de los longos y debía amarcarlos, cuidarles, darles de comer, pero los quería. Eran tibios y suaves como los pajaritos recién nacidos. Cuando lloraban por el hambre les ponía a mamar sobre pecho, aunque mis senos eran pequeñitos como guagra manzana y no tenían leche. (Martínez 1997, 151)

La machorra toma la palabra y cuenta sus miserias, conocemos su trabajo e historia con detalles que permiten comprender el panorama de vulnerabilidad: «La niña Rosita me cogió con una condición: si me quejaba de algo iría a parar a la calle. Aprendí lo que me enseñaron, pero más que nada a llorar por dentro, a sufrir calladita. Me rapó, me quitó los piojos, me hizo bañar en agua helada a las cinco de la mañana,

me dio látigo todos los días» (153). Pronto nos enteramos de su primera experiencia sexual, con el patrón, se entiende, a quien en varias ocasiones evoca como «el niño Teodorito»: «Me botaron de la casa. Él dijo que yo era una perdida y me dejaron con mis cuatro trapitos en medio de la calle, ¡lo que sufrí! Y a seguir buscándote. Trabajaba en las casas de los blancos y no les pedía nada, sino que me quisieran y me dieran un hijo» (154).

Lo que llama la atención de «La machorra» es la impronta que persigue al cuerpo *desterritorializado*: «Este proceso de “desterritorialización” del cuerpo supone una resistencia a los procesos de llegar a ser “normal”. El hecho de que haya tecnologías precisas de producción de cuerpos “normales” o de normalización de los géneros no conlleva un determinismo ni una imposibilidad de acción política» (Preciado 2005, 161). Este concepto que utiliza Paul Preciado para repensar la subjetividad sexual desde los cuerpos *queers* es una idea de transgresión que atraviesa al personaje de «La machorra»: su exilio, su vivencia ilusoria de la maternidad y el deseo de ocupar ese rol que la integraría al mundo femenino:

En «La machorra» abordo la temática de la mujer mestiza pobre, despreciada por los llamados «blancos», que se ve irremisiblemente condenada a la soledad profunda, porque ellos la buscan solo para escarnecerla y utilizarla sexualmente. Con ella se iniciará algún señorito, y luego la usarán todos los varones del pueblo; busca desesperadamente un hijo que nunca engendrará en su vientre estéril, salvo en el mundo incomprensible de su locura, único sitio en el que se reencontrará con sus sueños, puesto que la realidad conduce, únicamente, a nuevas violencias físicas y verbales. (Martínez 2005, 150)

Al igual que en «La machorra», la protagonista de «Cuento de la tortura n.º 2» debe enfrentarse a estructuras sociales inamovibles, crueles e impregnadas de violencia. En la recreación de realidad de los dos cuentos, las mujeres que describe Nela son el signo de la precariedad y de la desprotección estatal. El segundo cuento mencionado comienza con el anticipo del problema que es clave en la narración: el robo de una pistola y la confusión que desata el fatal desenlace. Teodosio de San José Quiñónez es un joven negro epiléptico cuya madre se desvive para cuidarlo; sin embargo, el hijo pasa su tiempo libre con amigos del barrio que representan una mala influencia para él. La

parcela de realidad que confluye en esta narración —a ratos intimista y cercana— desencadena una serie de prácticas insospechadas y de claras miras de *limpieza social* por parte de las instituciones de poder. La madre de Quiñónez verbaliza en un monólogo de quejas los eslabones de su desgracia: el hijo enfermo, el marido alcohólico, la pobreza, el trabajo insuficiente:

[P]or qué no buscar algún trabajo, que también los hay para lisiados como él, porque no es el único, di, por decir algo, de mesero [...], un esfuerzo alguna vez hijo, ya que cierto, por desgracia, naciste enfermo, nunca mismo pudiste caminar derecho pero podrías enderezar el alma, ¡cuánto le pido a mi Dios! y traer unos centavos para que ella, negra esclava que pasó la vida entregada al padre borracho, buen marinero pero borracho, ya que tuvo la desgracia del hijo que sabe bien cuánto ha gastado, lava que lava ropa con la espalda que ya no aguanta. (Martínez 1993, 131)

El cuento permite ver cómo es convivir entre dos planos donde los signos de vulnerabilidad fortalecen el camino indiscriminado del ejercicio de la violencia. ¿Sobre quiénes se deleita el poder? El cuerpo inerme queda expuesto. El cuerpo-obstáculo descifra la sistemática proliferación del control operativo. El relato se impregna de un registro sensorial de la crueldad y del dolor del cuerpo expuesto. La historia muestra las marcas del territorio cuerpo y la reproducción «a pequeña escala [de] los poderes y peligros que se le atribuyen a la estructura social» (Le Breton 2018, 105-5): sensoriales capas al contacto inerme entre los signos de tortura sobre el cuerpo.

Por toda respuesta tiene un sacudimiento de huesos que se derrumban.

—Es la hora, el minuto, no ha dicho nada esta bestia. Prepárense, dispone el teniente.

Buscan un tronco apropiado y allí lo amarran.

—Ventajosamente la cuerda es grande, se consuelan.

Lo alzan de los tirabuzones pegajosos de mugre del encierro, con asco, y lo atan sosteniéndolo desde el cuello por sobacos y cintura [...]. Todos miran, mientras lo amarran, el miedo denso que lo oscurece más todavía, subir por la piel y descargarse en los ojos que piden misericordia. (Martínez 1993, 134)

Teodosio muere fusilado ante la imposibilidad de demostrar su inocencia y frente al desconsuelo de una madre que lo busca incansablemente.

Esa misma madre que desde el inicio de la historia muestra la entrega absoluta al hijo discapacitado lo amortaja y cubre para ella sola movilizarlo hacia el hospital: «Ha ejercitado todos los días sus brazos. Quién le hubiera dicho que era para esto, para alzar el cuerpo del hijo y llevarlo» (135). Del espectáculo del horror, la narración nos conduce al intimismo desgarrado y emotivo de la pérdida. La madre se recubre en su signo y fortaleza sonora: «Déjame que le pida perdón: mis pecados no lo dejaron ser hermoso como su padre. Ay, no pude hacer que fuera feliz, como todo negrito pobre en su pobreza. Tanto tiempo consolándolo, hasta que se callan la lluvia, las hojas de los árboles y ella» (135). El final de «Cuento de la tortura n.º 2» impulsa a la madre, en su reclamo inútil de justicia, y dirige su atormentado presente hacia un acto de fe que la tranquilice: una denuncia:

Inmóvil en la estrecha silleta de hierro, la madre concentra en sus ojos toda su fuerza. Ese aire de dignidad y firmeza que solo se puede ver en algunos rostros negros, labrados por sus largos tiempos de padecimiento, se vuelve aureola sobre su cabeza gris y aumentará en los días venideros. El hijo vive, pero se siente muerto. Ni todo su amor logrará hacerlo volver al mundo de los vivos. Lo mataron por dentro y ya nadie puede resucitarlo. Y ella a esto no se resigna. Combate con su alma. Se quita la aureola de los mártires anónimos. Se levanta y sale a denunciar el crimen. (136)

Un cambio de registro interesante se produce en «Cuento de la tortura n.º 5», porque la perspectiva de narración se hace desde un actuante masculino y de poder: un policía de Nueva York, puertorriqueño de origen, quien mientras sostiene la mano de su hijo recuerda un hecho que lo atormenta, el de la mirada desolada de un mendigo arrinconado entre papeles en un callejón de la Quinta Avenida. El indigente, al ser expulsado de su endeble punto de protección, implora en una lengua que le resuena al policía en el subconsciente —«Ay, taiticu, ay, mama, por qué vine a estas tierras desconocidas»—, pero que él bloquea y desoye; arrastra al indigente, le dispara. El policía es asaltado por un recuerdo que insiste en ser descifrado: «¿Dónde vio los ojos de este mendigo antes? Ojos de miel espesa, los más tristes que ha visto» (Martínez 2001, 57).

Las dos miradas en la mente de quien fuera ejecutor tienden un puente de paradójica humanidad, enlazan que en el vientre de la Gran

Manzana se puede crecer de don nadie a autoridad, pero que un hilo invisible de sangre sudamericana se abre paso entre ciertas conciencias. La mirada como gesto frente a la realidad del migrante desprotegido acentúa la crueldad en la representación del cuerpo indeseado. El rostro migrante se asoma e interpela el conjunto de valores del policía latinoamericano (pero ya acogido al orden del gran país al que sirve). La sola presencia de «esos migrantes hispanos asquerosos» agita la violencia aprisionada sin la mínima compasión y solidaridad que podría haberse desprendido de conocer la lengua hispana: «¡Qué raro, parece entenderlo! Allá lejos está la voz de su madre puertorriqueña, terca, en pelea con el padre, empeñada en hacerles hablar español en su casa. Entierra al Tony de ayer que decía “sí” en lugar de “yes” e imperiosamente le grita en inglés que se marche, que deje el lugar, que se atenga a las consecuencias» (58). En esta escena, que condensa el eje central de la historia, aparece la *deshumanización* de la presencia migrante, del rostro que es producido para generar rechazo y borrar todo rastro de precariedad (Butler 2006, 172): «El “yo” que mira esa cara no se identifica con ella: el rostro representa eso con lo que no hay identificación posible —sirve para deshumanizar y como condición de la violencia—» (182).

A pesar del testimonio y la fragilidad del migrante, Tony le dispara junto al contenedor de basura, acción consecuente con el imaginario del policía: la basura en su lugar. Este hecho retorna al presente de Tony a modo de recuerdo que acompaña el paisaje urbano, la ambivalencia, el encuentro de los dos mundos: la vida y la muerte en medio de un sutil paseo familiar: «Después de la mano desnuda aprieta la mano tierna, dulce, diminuta del niño, enmielada de su helado. El brazo libre aprieta la cintura de la mujer, cronista del desfile de las últimas modas, maravilloso desfile de la Resurrección» (Martínez 2001, 60), porque la familia pasea un domingo de Pascua. El cuento concluye con una especie de anagnórisis y la resolución del enigma:

Salta inconfundible el recuerdo de la imagen y ya, ya sé, son los ojos del orangután triste, que vi en el programa de TV. ¿Triste? Más, mucho más que tristeza. Nunca nadie lo vio con esa mirada fija, náufrega a la vez, pero no extraviada, deseosa de decir por qué tanta soledad, tanto abandono, ayúdenme. Si en el programa ecológico de la tele conoció ese grito mudo. Ahora de nuevo lo oye. Ve su mísero contrapunto. Está en el otro, en el que le implora ¡mistersito! Y todo se vuelve amargo. (60-1)

La atención hacia la realidad múltiple que Nela Martínez demuestra en su sólido trabajo literario nos acerca a la posibilidad de pensarla desde un fluir consecuente, dinámico y flexible a la variedad de registros que la autora utiliza en su breve paso por la narrativa del Ecuador —breve porque se trata de parte de una novela y unos cuentos—, pero lo suficientemente significativo como para constar entre las escritoras que han fortalecido y nutrido el hecho de narrar. Pese a que creció dentro del realismo, no se quedó en él. Su forma de emprender la narración desde adentro flexibiliza y simultanea los focos de conocimiento, y apoya la vida psíquica de los personajes en imágenes de firmeza lírica.

MANUELA, LA PROTAGONISTA

Acaso, a favor del viento tempestuoso de su ostracismo y su pobreza, haya vuelto su corazón hacia el indio que continuaba siervo y hacia el negro aún esclavo, para preguntarse por qué quedó inconclusa la obra libertaria. Y al ver de nuevo a los antiguos colonialistas españoles asumir el mando de las tropas republicanas, ha debido sentir en sus huesos el polvo del esqueleto que se deshacía en los llanos y cordilleras, por donde corriera el cuerpo de una esperanza insepulta. Y vería otra vez iluminarse el horizonte con [la] otra bandera y otro Bolívar... El pueblo, los pueblos, serán los héroes de los nuevos tiempos. Manuela lo vio.

Nela Martínez, «Manuela Sáenz:
Pasión y vuelo de una época»

Algo se activa en la escritura. Se vuelca, se derrocha. Camina entre nosotros habilitando vacíos. Matiza los escenarios individuales de enunciación. Sin desconocer que toda apuesta hacia un *yo* acerca a un registro plural de subjetividades. La escritura es conciencia y desenfado. El proceso mutuo que reviste la vida de una dimensión fluctuante. Dimensión donde ubico a Nela Martínez: terreno en la palabra que inicia el recorrido para perpetuar el legado de las voces femeninas. La exploración cercana que realiza Nela sobre la figura de Manuela Sáenz —a más de Dolores Cacuangó, Dolores Vintimilla de Galindo, Gabriela Mistral, Aracely Gilbert, Aurora Estrada y Ayala, figuras que comprendió y exaltó— dirige la atención hacia el retorno de las genealogías

femeninas, con la intención de destacarlas y darles protagonismo epistémico. Manuela existe en Nela y nos recuerda la importancia de pensar en la centralidad de un *nosotras*. Voces-ancestras, voces-recorrido que van de la mano con el reconocimiento que María La Greca (2018, 24) expresa con tanta fuerza: «[E]sas que han formado mi conciencia antes que yo arrobara al lenguaje».

El interés de Nela por desmitificar la figura de Manuela Sáenz demuestra cuán necesario es emplear estrategias de enunciación que den paso a un revisionismo histórico. Irrumpir en el «devenir patriarcal» de la cultura implica «liberar nuestras potencias subjetivas en los sistemas de intercambio, los medios de comunicación y creación» (Irigaray 1992, 17) y dar paso a la materialidad de una lengua despojada del dominio androcéntrico. Y es en este sentido que Manuela Sáenz también es replanteada, liberada y evocada históricamente:

La vida de Manuela es para mí la parábola de la insumisa; insumisa aun después de la muerte, aquella que no admitirá ni siquiera los esquemas rígidos de los historiadores que la fragmentan, porque su fuerza vital supera a todos. Percibo que la vida le entabló batalla desde el primer momento. Y nunca le dio cuartel. Pero frente a todas las adversidades, ella encendió su apasionado fuego interior y tuvo un solo norte para siempre (Martínez 2005, 200).

La escritura de Nela Martínez lucha contra el imaginario colectivo que creó a una Manuela Sáenz subalterna y denuncia el estereotipo de mujer «apasionada» con el que se deleitaron los historiadores: «Se ha vuelto una tradición en sus biógrafos —que abundan— inventarle amantes. Cada uno de ellos le da un nuevo amante, un rival de Bolívar trasladado al libro casi por competencia personal afirmativa de haber podido ser: aquel otro, el héroe mayor» (Martínez 2012, 87). Desde ese lugar surge el enfado que Martínez transmite en los textos sobre Manuela. Un enfado suscrito para desarmar el sistema de representaciones masculinas que se imponen con el ánimo de anular el protagonismo femenino: «En sus escritos Nela “independizó” a Manuela de Bolívar, lo que introdujo un verdadero giro interpretativo respecto de las versiones canónicas. Insertar a Manuela en la historia sin la mediación del Libertador expresaba la posibilidad de que la subjetividad femenina se construye de forma autónoma en un contexto de transformación política» (Terán 2012, 20).

«PARÁBOLA DE LA INSUMISA»

Hay, en la relectura del trabajo ensayístico de Nela Martínez sobre Manuela Sáenz, la presencia de tensiones entre la mirada femenina y la tradición histórica. ¿Cómo debe ser enfrentarse a la trama encubierta? Primero, Nela identifica la condición colonial⁴⁷ que circula en la vida de Manuela Sáenz: la injusticia de colocarla solo como la amante de Simón Bolívar. Cree necesario dismantelar el sistema de *significantes* que la cultura ha inscrito sobre la Insepulta de Paita, desclasificar las versiones inmóviles que hicieron circular biógrafos como Alfonso Rumazo González, quien «se empeña en demostrar que fue fruto del ambiente relajado del Quito de fines de la Colonia. Manuela, “bella y libidinosa”, no solo nace como resultado de una “aventura sexual” cometida por sus progenitores» (19). La identidad negada de Manuela Sáenz, la validación de un imaginario sobre otro, necesitan de la intervención de marcos interpretativos enriquecidos de experiencias, miradas y saberes *otros* que diseccionen los ejes centrales que prestigian ciertas narrativas. En este sentido, vale pensar en Nela como la biógrafa que se preocupa por emplear perspectivas que parten del mundo femenino:

Lo femenino podría designar ese vector de descentramiento significativo que opera desde un margen cuestionador de la representación sexual y cultural, y que reflexiona sobre las retóricas formales, los cálculos ideológicos, las maniobras expresivas que utiliza el discurso hegemónico para disimular el contrato masculino que legitima su apropiación de la cultura. Ese «femenino» no es un contenido de identidad ya formado (anterior y exterior a su representación verbal) sino la posición crítica que consiste en interrogar los mecanismos de constitución del sentido y de la identidad, en llamar la atención sobre la materialidad discursiva de los mensajes que la ideología cultural dominante busca transparentar para hacernos creer que sus significados han sido fijados de una vez para siempre. (Richard 1996, 743)

47 En algunos textos sobre Manuela Sáenz, Nela atribuye a la Colonia la matriz de las estructuras inamovibles que coartan libertades y acentúa lo que Cornejo Polar (2003, 13) elabora: «En más de un sentido, la condición colonial consiste precisamente en negarle al colonizado su identidad como sujeto, en trozar todos los vínculos que le conferían esa identidad y en imponerle otros que lo disturban y desarticulan».

Dentro del proceso reivindicativo, Nela Martínez destina su esfuerzo ensayístico a situar a Manuela Sáenz en un campo de referentes políticos para individualizarla. La *contranarrativa* de Martínez (2012, 81) surge del propósito de singularizar a Sáenz y de apostar por la grandeza humana que la caracteriza: «Acosada por la soledad y la historia que ella contribuye a forjar —aun ignorando todas sus dimensiones—, desgarrada y en lucha ardorosa contra la miseria, Manuelita busca la explicación a las contradicciones, busca la razón de esa jornada que ha vivido junto a los capitanes de la Emancipación».

En «¿Cuál rostro, cuál retrato de Manuela?», Nela interpela la tradición histórica, comprueba que los relatos oficiales crean versiones a la conveniencia del proyecto económico del momento. La existencia de los subalternos se defiende con tretas que el débil —jugando con Ludmer— debe sortear: el silencio y obediencia de las mujeres, por nombrar solo un ejemplo: «Con ella pasa lo mismo que con la historia. Cada quien le pone al hecho, al nombre, a la persona, la luz de su ensueño. O la sombra de su odio, de su antagonismo visceral, o cerebral, que se le sube desde la savia de sus propios conflictos» (94). Más adelante sigue reflexionando para demostrar la ambivalencia de las versiones históricas: «Pequeño Bolívar gigante; míseros guerrilleros que crecen como las montañas, sobre las cuales hacen cabalgar a la diosa libertad; mujeres que se atreven a desafiar a los héroes por ser tan grandes, o más que ellos; pueblos que a lo oscuro le vuelven ascua» (94).

Para Nela, el tratamiento que ha circulado sobre la imagen de Manuela Sáenz no es más que un signo del colonialismo que sigue inherente a un sustrato nacional indefinido que, a modo de bases, sostiene los conflictos de la «red de encrucijadas» que es la realidad ecuatoriana. La lectura que hace Nela de la prócer quiteña también sirve para diagnosticar el proceso de los pueblos latinoamericanos y la herida abierta, que están presentes e influyen en la ideología de los variados sectores sociales ecuatorianos:

Eso y mucho más, nuestra América rebelde, la del siglo pasado contra España. En medio del esfuerzo grande la mezquindad que se quería vencer. Esos ruines prejuicios que corroen la estatua por dentro, cicateros o agresivos, preservaban la ideología de la Colonia, o al morir, la encuentran escondida dentro de sí mismos... Cuando se formulan juicios acerca de Manuela Sáenz tenemos que anteponerlos a la visión conservadora de la sociedad, no permitir que se proyecten al futuro. (95)

Nela Martínez cuestiona la memoria histórica a través de Manuela Sáenz. Refleja las incongruencias del proceso emancipador latinoamericano y, para debatirlo, apunta hacia la validación del acervo femenino. A estas contranarrativas que surgen del claro propósito de interpelar y de evidenciar los vacíos interpretativos universalistas, expone la clara acción de un modo de hacer frente, como refiere Rosemarie Terán (2012, 18) en el estudio introductorio de *Insumisas*:

[O]torga[r] valor simbólico al protagonismo del sujeto femenino, en el marco de una lucha de características universales por la consecución de la igualdad y la justicia social, y desde la conciencia de que la emancipación femenina atañe a la liberación del conjunto de actores colectivos sometidos a la injusticia y la explotación.

Cuando Nela Martínez (2012, 101) denuncia en «A los doscientos años de Manuela Sáenz» las irregularidades que esconde el relato histórico, detecta las trampas de las construcciones epistémicas: «A Manuela Sáenz, bajo odiosos innombrables, trataron de sacarla de la verdad escrita, con el fin de ilegalizar su extraordinario comportamiento de patriota, de mujer con ideas y capacidad de volverlos actos y realidades anticoloniales». Hay en estos enunciados un intento de desestructurar el sistema encubridor plagado de imaginarios que resultan de la red invisible de similares lógicas del orden preestablecido. Como la palabra impuesta hacia lo que es inmutable. Una palabra condenada.

En el complejo trabajo por reconstruir a la Manuela Sáenz histórica, Nela, junto al Frente Continental de Mujeres por la Paz, realiza un peregrinaje a Paita para reencontrar y buscar las huellas de la prócer. Manuela se convierte en el símbolo de la lucha del movimiento al que pertenece Nela:

El 25 de septiembre de 1989, en recordación de la noche en que Manuela Sáenz salvó la vida de Bolívar, junto con treinta y siete mujeres de diferentes organizaciones gubernamentales y populares, el Frente peregrinó a Paita, Perú, con el ardoroso deseo de ubicar la tumba o la fosa común en donde fueron enterrados los restos de nuestra compatriota. (Martínez 2005, 174)

Las acciones por colocar a Manuela en el lugar que le corresponde muestran los estragos de los discursos homogéneos y normativos. Nace

de una deuda por restituir los puestos vacantes que surgen de los borramientos característicos de las sociedades patriarcales:

En mi pensamiento, Manuela Sáenz ha martillado siempre. Diríase que es otra figura permanente, casi mítica —como la de María Duchicela—, grabada en mi inconsciente. Sostengo que la figura continental de Manuela es un modelo no superado y por eso es la personalidad mayor tras el Frente Continental de Mujeres por la Paz; es en ese grupo, precisamente, que tuvo mayor repercusión. (174)

El rescate histórico de Manuela Sáenz nace de la clara admiración y del lugar de enunciación que moviliza a Nela. Aquí lo personal y lo colectivo traducen el reconocimiento de las genealogías femeninas que constituyen las historias personales. Nela construye una cercanía afectiva, plural y destinada a pensarnos más allá de proyectos civilizatorios. La convierte en el ícono de las conquistas colectivas:

[P]ara mí personalmente, ella es uno de los referentes básicos de nuestro trajinar histórico como pueblo. Me identifico plenamente con su valentía, con sus rupturas, con su búsqueda constante de la libertad plena. La veo también como la gran mujer en la que se puede convertir toda ecuatoriana ansiosa de una sociedad justa e igualitaria. (174)

Se lee en el retrato que realiza Nela una comprensión sensible, potente y de claro entendimiento de la subjetividad de la heroína. La ubica junto a Bolívar destacando los valores que la convierten en su par de lucha y amplificando los claroscuros de su personalidad. Cree en Manuela como la líder idónea de las luchas y de las fortalezas, a pesar de los fracasos revolucionarios. Más allá de su estigma pasional, la Manuela que tenemos es la mujer consciente de la realidad combatiente que no da tregua:

Luego de sus apasionadas actuaciones libertarias, su enrolamiento en los ejércitos, el descubrimiento de conjuras, la fuerza incansable con la que defendía lo conquistado para América, se instaló la conspiración de héroes resentidos porque no era, no, una Josefina napoleónica sino una gentil hembra. Esta dama perfecta en las recepciones: alegre, musical y bailarina; desposeída de los temores y sin culpa; libremente y por su voluntad unida a Bolívar, era también su fiel guardiana, su cómplice, su compañera. Toda la ternura acumulada en las tardes huérfanas de él, toda su inteligencia y su voluntad poderosa sobreponiéndose a la fatiga, para que nadie la mimara

ni la compadeciera, para que todos —Bolívar, el primero— la respetaran. Y sí, tanta cálida mujer y tantas fuerzas juntas, el Estado mayor en pleno les azoraba a los cronistas de allende el mar y los dejaba perplejos; pocos la comprendían, otros desataban fieras contra ella. Los europeos no tenían modelo para medirla. (177)

Diversas son las formas de acercarse a Manuela Sáenz y es en esa posibilidad que a Nela le debemos la más justa y completa, la que integra la acción y la condición, la que descoloniza su feminidad al aceptarla compañera de amor e ideales, la que testimonia que junto a la pasión amorosa crecieron las tareas libertadoras. «Nela retrata a Manuela como una combinación de actos excepcionales desplegados en el terreno de la política y de prácticas femeninas ejercidas desde la ternura, la protección, el amor, espacios en los que también se encuentra con Bolívar» (Terán 2012, 20).

ESTRATEGIAS INCÓMODAS

Gestionar el corpus sobre Manuela es posible a partir de la escritura comprometida e implicada. Entablar la *interlocución profunda* que María La Greca propone como una forma de estar en el mundo y establecer vínculos con los demás. La experiencia pasa a ser común y cercana. Tejidos que desbordan un incansable pensar en nosotros, en buscar lugares de implicación que Nela proyecta en Manuela: «Un nosotros sin nombre, hecho de todos nuestros nombres. Los hilos que van de unos a otros no trazan una historia lineal, sino una malla [...] de vida compartida y aprendida en colectivo» (Garcés 2018, loc. 21):

Plantearla en medio de nuestra historia actual nos permite relevar valores, credos y convicciones incommovibles y es, al mismo tiempo, reconstruir un referente necesario no solo para las mujeres ecuatorianas en cuanto al valor, la lucidez y las luchas sin cuartel, sino a la posibilidad de romper esquemas meramente personales por la construcción de beneficios colectivos. (Martínez 2012, 75)

A través de una revisión cercana y crítica a Manuela Sáenz, evidencia cómo el poder patriarcal ejerce su dominio: encubre y despoja. La difícil tarea empieza en situar la voz femenina en la esfera pública. De esta manera, los escritos de Nela Martínez operan en el escenario reivindicativo y antipatriarcal: «La Insepulta de Paita fue sistemáticamente

desposeída hasta de su propio nombre. Lo borraron de cuanta crónica o referencia a los accidentes políticos bolivarianos y la guerra» (101).

El vacío histórico que describe Nela se hace indiscutible en las líneas que por años manosearon y encubrieron la audacia, virtudes e inmensidad intelectual de la Insepulta de Paita: «De ahí el silenciamiento cuando no la calumnia, el olvido cuando no el desdén, en cuanto en el texto oficial hay de glorificación de Bolívar. ¿Manuela Sáenz? Ah, la amante del Libertador. La loca que le siguió, tras dejar de lado a su esposo, el buen inglés» (95). Es contra la perpetuidad de la palabra que lucha Nela para devolvernos a Manuela en su rol estelar: al pie de las luchas y como estrategia de las principales acciones del proyecto independentista. Nela reproduce pensamientos y cartas que dan cuenta de una subjetividad siempre alerta y consciente de la injusticia colonial que persiguió a aquel espíritu rebelde.

Un cuerpo presente que, en las líneas de Nela Martínez, objeta los estereotipos que hasta en nuestros días siguen reproduciendo los distintos formatos teatrales y cinematográficos. Productos ficticios que se han hecho eco de la asociación implícita que envuelve a Sáenz: «Siempre cuando de ella se trata, se la sitúa en la alcoba, nunca en el campo de batalla» (95). Nela da protagonismo al sujeto femenino, cuela en la matriz nacional la importancia de la mujer como referente de las luchas políticas, líder de la independencia, y es la inversión del signo Manuela, la mayor aportación de la memoria histórica.

El trabajo que realizó Nela Martínez en la reivindicación de la imagen histórica de Manuela Sáenz simboliza los márgenes de opresión a los que se condiciona al sujeto subalterno. La relectura del contexto latinoamericano evidencia cuán necesario es cuestionar el sistema de representaciones que rodea el imaginario heredado de la Colonia. También implica rastrear las huellas de un individuo fragmentado, ahondar en las versiones producidas de una realidad que no deja de insistir en lo precario de la identidad de América Latina:

El rostro de Manuela vuelve en el tiempo, regresa siempre desde Paita, metáfora de todo exilio involuntario. El rostro de Manuela es «uno y múltiple», como el que Nela configura de sí misma a través de otros y otras. Al final, sus subjetividades caminan juntas y se reconstruyen mutuamente en la palabra evocadora de sus textos. Se trata de un juego de espejos, una

secuencia de mirada recíprocas desplegadas en marcos temporales indefinibles, que reúnen sus destinos. (Terán 2012, 21).

En este final quisiera acogerme a la metáfora de la puerta. Cerrada. El umbral desconocido. El relato oculto. Voces. La fuerza insospechada. Cuerpo y cicatrices. Potencia sibilina. La evocación de Nela Martínez (2012, 92), quien descubre y nos devuelve los múltiples rostros de Manuela Sáenz, nos lleva a oír: «[E]sta es la llave de la casa de Manuela. La puerta que se abre será la del encuentro. Ninguna puerta se ha abierto hasta ahora. Todas están selladas ante la demanda de reconocerla en su dimensión histórica. Nudo apretado, los intereses de la Colonia de ayer y los de la colonización de ahora se juntan cerrándole el aire a la garganta de nuestra América».

Como se ve, la escritura de Nela Martínez ha sido múltiple. La puso al servicio de ideales más que de un proyecto creativo; fluyó transparente y segura —en el periodismo denunciador, en el ensayo reflexivo—, impactante y poética a la hora de narrar historias que dieran cabida a los agudos dramas humanos de personajes extraídos de las clases desfavorecidas. Empujada por el móvil expresivo, supo qué decir en la coyuntura oportuna.

CONCLUSIONES

El reordenamiento del corpus archivístico de Nela Martínez significó una serie de decisiones: la primera, como lo concebí en los orígenes, prescindir de las experiencias y miradas de otras lectoras. Sigo creyendo que incorporar el efecto de recepción de variadas subjetividades es un ejercicio transversal que posibilita la incorporación de identidades otras. Esta elección pluraliza el análisis y alimenta la discusión que como investigadora necesito para nutrir también mi propia experiencia. Vencida por la realidad pandémica, orienté mis acciones hacia la lectura personal, pero siempre enmarcada en un horizonte colectivo. Me doy cuenta de cuán vigente resulta la frase: «Unidas, repito, luchando, cuánto conseguiríamos» (Martínez 2012, 51), y me apropio de la fuerza simbólica de estas palabras convencida de que releer juntas es indispensable para los caminos de las luchas que atravesamos las mujeres. Oriente este presente continuo a las preguntas que me habría gustado contestar: ¿qué nos dice hoy Nela Martínez a todas?, ¿cómo se convierte su palabra en material de reflexión y de creación propia? Y hablo de un *nosotras* interpelante y que cuestiona las acciones de un Estado que desmantela las políticas públicas y programas de prevención contra la violencia hacia la mujer en todas sus manifestaciones. Atraigo a Nela a este presente, mientras me acerco a los textos de inmenso compromiso social donde ella denunciaba las desiguales condiciones de existencia frente a un Estado miope que privilegia ciertas vidas-mercancías. Leer

a Nela es reactivar el malestar. Tal vez la meta sigue siendo la misma: confiar en que los horizontes organizativos son claves para dirigir nuestros propios espacios de reivindicación.

Otro malestar surge: los borramientos epistémicos. En el capítulo primero retomo la novela *Los guandos*, escrita a dos manos a partir de 1935 y publicada en 1982. Destaco allí la inmensa fuerza de la prosa poética de Nela Martínez y su gran admiración por el mundo indígena, del que había estado tan cerca desde su temprana niñez en Cañar. Encontré en esta novela del siglo XX la voz orgánica, sostenida y matizante en proyección al gran levantamiento indígena de los 90. ¿Por qué razones pasó inadvertida, dentro del corpus literario de obras narrativas ecuatorianas, Nela, segunda autora de *Los guandos*? Tal vez mi trabajo investigativo no responde a esta pregunta, pero sí digo que sospecha de ciertas estrategias sistemáticas de ocultamiento que nos obligan a buscar el lugar donde están las voces femeninas. Vuelve mi mirada hacia la necesidad de enfatizar el territorio de enunciación de las escritoras ecuatorianas y de «la ubicación político-histórica (de ahora) y personal-política de su propio pensamiento» (De Lauretis 1993, 15).

Los guandos es una novela que surge del rescate-memoria de procesos de modernización de las principales ciudades ecuatorianas que se abrían paso a nuevos materiales tecnológicos (la hidroeléctrica en Cañar). Sin embargo, la historia hizo lo suyo e invisibilizó los mecanismos que facilitaron el desarrollo de las urbes. Esa edificación viable solo «a lomo de indio» desaparece de los relatos oficiales y del glosario de progreso que acompañan los imaginarios constitutivos de nuestras ciudades. En este sentido, la novela que inició Joaquín y continuó Nela es un modo de repensar también los procesos que envuelven los márgenes de la memoria productivista del país. La visión política del texto es incuestionable, pues al ser ambos autores ideológicamente marcados y creyentes de los procesos de liberación que debían conquistar las clases oprimidas, resultó indispensable entrecruzar teoría y práctica militante. Identifiqué en la segunda parte escrita por Nela lo que denominé la *poética del entendimiento* y la *poética de la insurgencia*, en la medida en que su inagotable construcción narrativa-simbólica apostó por una plataforma de exploración intimista y cercana de la psiquis del protagonista, Pablo Faicán.

He identificado los procesos pedagógicos necesarios para implementar praxis nuevas y alejadas de la verticalidad de los procesos de

aprendizaje. La transformación subjetiva requiere estrategias colectivas y dinámicas. Veo en Nela acciones revisionistas en su andar militante y en su forma de interferir en el mundo: la denuncia y la palabra escrita. La imagino ahora interceptando a las compañeras en diversos contextos para que le den sus testimonios e incorporarlos a sus reflexiones (como lo hizo con sus artículos publicados en la prensa), sin apropiarse de sus palabras, más bien orientándolas hacia un mundo heterogéneo donde «abrir los ojos» a la realidad inmediata y aprender a mirarla implique un acto de autoconciencia, según la propuesta de Marina Garcés: «[L]a vergüenza aparece con el saber y el saber es el que nos descubre desvalidos y necesitados, expuestos y precarios» (Garcés 2020, loc. 112).

En la imagen que reconstruye Nela sobre Manuela Sáenz está la síntesis de unas acciones que tensionan la memoria histórica y la reparación de los modos de representación que distorsionan las miradas. Convertir a Manuela en el símbolo de las acciones revolucionarias sin duda constituye un espacio de conquista, de proponer nuestras contranarrativas y de las incomodidades que siguen apareciendo como estrategias de aprendizajes. Sus «Cuentos de la tortura» y «La machorra», analizados en este trabajo, se embarcan en el diálogo abierto con una realidad anclada en conflictos sociales, manipulaciones simbólicas y la temible interferencia de una sola historia. La vigencia de la mirada literaria que recreó los múltiples escenarios de opresión, las facetas de la violencia hasta ahora vigentes en los cuerpos racializados.

Nela Martínez: Nuevas lecturas de su escritura y militancia comprende los fragmentos de una vida imbricada entre lo literario y la experiencia de vida. Trajinar en medio de la palabra y su imparable potencia creadora. La sólida presencia de las subjetividades incómodas con los modelos homogenizantes, usurpadores de la vitalidad. El paisaje teórico de esta investigación se fue nutriendo de las voces que Nela armonizó desde su temprano intercambio epistolar con Joaquín Gallegos Lara, de donde surgen los cimientos de su pensamiento creciente.

Recorro las instantáneas fecundas que enmarcan este trabajo. Sé que emergen de una vida ardua y azarosa. Tal vez mis intereses futuros me lleven al estudio más detenido de las fases que quedaron interrumpidas: recreación más precisa de la escena militante, de la participación política de Nela, junto a la posibilidad de disponer de mayor material de consulta. Queda pendiente la visita al Archivo Martínez-Meriguet; de

hecho, cada fragmento de la vida de Martínez es la expropiación de un archivo que fuimos convirtiendo en nuestro y que se va organizando de acuerdo a nuestras miradas inquisitivas. Cualquier intento de totalidad será ilusorio. Mientras tanto, la imagino y la escucho diciendo «[L]a imagen fiel de esta mujer de carne y hueso que soy, que sigue de pie para luchar por las causas que considera justas. Muchos ecuatorianos ni siquiera han escuchado mi nombre, pero mi paso a lo largo de todo este siglo no ha sido silencioso» (Martínez 2005, 203).

REFERENCIAS

- Acosta, Alberto. 2006. *Breve historia económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional (CEN).
- Adoum, Jorgeenrique. 1984. *La gran literatura ecuatoriana del 30*. Quito: El Conejo.
- Ansaldó, Cecilia. 1993. *Cuento contigo: Antología del cuento ecuatoriano*. Guayaquil: Universidad Católica de Guayaquil.
- . 2001. *Cuentan las mujeres: Antología de narradoras ecuatorianas*. Quito: Planeta.
- Ayala Mora, Enrique. 2002. «Historia y sociedad en el Ecuador decimonónico». En *Historia de las literaturas del Ecuador. Vol. 3: Literatura de la República, 1830-1895*, coordinado por Diego Araujo Sánchez, 19-54. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador (UASB-E) / CEN.
- Becker, Marc. 2004. «La historia del movimiento indígena escrita a través de las páginas de Ñucanchic Allpa». En *Estudios ecuatorianos: Un aporte a la discusión*, compilado por Ximena Sosa y William Waters, 133-53. Quito: Abya-Yala.
- Butler, Judith. 2006. *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cartuche, Inti. 2020. «De la plurinacionalidad del Estado a los gobiernos comunitarios». En *¡Así encendimos la mecha! Treinta años del levantamiento indígena en Ecuador: Una historia permanente*, compilado por Floresmilo Simbaña y Adriana Rodríguez, 25-45. Quito: UASB-E / Kitu Kara / Abya-Yala.
- Compagnon, Antoine. 2008. *¿Para qué sirve la literatura?* Barcelona: Acantilado.
- Connell, Robert. 1997. «La organización social de la masculinidad». En *Masculinidad/es: Poder y crisis*, editado por Teresa Valdés y José Olavarría, 31-48. Santiago de Chile: Isis Internacional / FLACSO Chile.
- Cornejo Polar, Antonio. 2003. *Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar / Latinoamericana Editores.
- Coronel, Valeria. 2012. «La fragua de la voz: Cartas sobre revolución, subjetividad y cultura nacional-popular». En *Vienen ganas de cambiar el tiempo: Epistolario entre Nela Martínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara-1930 a 1938*, coordinado por Alfonso Ortiz Crespo, 381-489. Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio.
- Dávalos, Pablo. 2002. «Movimiento indígena ecuatoriano: Construcción política y epistémica». En *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, compilado por Daniel Mato, 89-97. Buenos Aires:

- Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). <https://rb.gy/fhytn>.
- De Lauretis, Teresa. 1993. «Sujetos excéntricos: La teoría feminista y la conciencia histórica». En *De mujer a género: Teoría, interpretación y práctica feministas en las ciencias sociales*, compilado por María Cecilia Cangiano y Lindsay DuBois, 73-113. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- De Martino, Mónica. 2013. «Connell y el concepto de masculinidades hegemónicas: Notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu». *Revista Estudios Feministas* 21 (1), 283-300. <https://rb.gy/4y8xh>.
- Dietz, Mary. «Las discusiones actuales de la teoría feminista». *Debate Feminista* 32: 176-222.
- Donoso Pareja, Miguel. 1997. *Antología de narradoras ecuatorianas*. Quito: Libresa.
- . 2002. *Nuevo realismo ecuatoriano*. Quito: Eskeletra.
- Dussel, Enrique. 2000. «Europa, modernidad y eurocentrismo». En *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, compilado por Edgardo Lander, 41-53. Buenos Aires: CLACSO.
- Fanon, Frantz. 2017. «Racismo y cultura». En *Leer a Fanon, medio siglo después*, coordinado por Félix Valdés García, 87-98. Buenos Aires: CLACSO. <https://rb.gy/jswn7>.
- Federici, Silvia. 2016. *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpos y acumulación originaria*. Quito: Abya-Yala.
- Freire, Paulo. 2005. *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de México: Siglo XXI. <https://rb.gy/uw93x>.
- Gallegos Lara, Joaquín, y Nela Martínez. 1982. *Los guandos*. Quito: El Conejo.
- Garcés, Marina. 2018. *Ciudad princesa*. Barcelona: Galaxia Gutemberg. Edición para Apple Books.
- . 2020. *Escuela de aprendices*. Barcelona: Galaxia Gutemberg. Edición para Apple Books.
- Gargallo, Francesca. 2006. *Ideas feministas latinoamericanas*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Goetschel, Ana María. 2006. «Estudio introductorio». En *Orígenes del feminismo en el Ecuador: Antología*, compilado por Ana María Goetschel, 13-56. Quito: Consejo Nacional de las Mujeres / FLACSO Ecuador / Secretaría de Desarrollo y Equidad Social del MDMQ / Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer. <https://rb.gy/gmm2d>.
- Grand, Sarah. 1894. «The New Aspect of the Woman Question». *The North American Review* 158 (448): 270-6. <https://rb.gy/ao211>.

- Guasch, Óscar. 2007. *La crisis de la heterosexualidad*. Barcelona: Laertes.
- Guerrero, Patricio. 2010. *Corazonar: Una antropología comprometida con la vida*. Quito: Abya-Yala. <https://rb.gy/jotp9>.
- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harding, Sandra. 1998. «¿Existe un método feminista?». En *Debates en torno a una metodología feminista*, compilado por Eli Bartra, 9-34. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana / Universidad Nacional Autónoma de México. <https://rb.gy/l7z0p>.
- Hartmann, Heidi. 1979. «Un matrimonio mal avenido: Hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo». *Papers de la Fundació* 88. <https://rb.gy/m68n6>.
- Irigaray, Luce. 1992. *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra.
- La Greca, María Inés. 2018. *Escribo entre dos mujeres*. Buenos Aires: Madreselva.
- Lagarde, Marcela. 1997. *Género y feminismo: Desarrollo humano y democracia*. Madrid: Horas y Horas.
- . 2001. *Claves feministas para la negociación en el amor*. Managua: Puntos de Encuentro. <https://rb.gy/9ibaf>.
- . 2015. *Los cautiverios de las mujeres: Madres, esposas, monjas, putas, presas y locas*. 5.ª ed. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Le Breton, David. 2018. *La sociología del cuerpo*. Madrid: Siruela.
- Ludmer, Josefina. 2009. «Literaturas postautónomas 2.0». *Propuesta Educativa* 18 (32): 41-5. <https://rb.gy/l16sn>.
- Lugones, María. 1999. «Pureza/impureza/separación». En *Feminismos literarios*, editado por Neus Carbonell y Meri Torras, 235-65. Madrid: Arco Libros.
- . 2008. «Colonialidad y género». *Tabula Rasa* 9: 73-101. <https://doi.org/10.25058/20112742.340>.
- Martínez, Nela. 1993. «Cuento de la tortura n.º 2». En *Cuento contigo: Antología del cuento ecuatoriano*, editado por Cecilia Ansaldo, 131-6. Guayaquil: Universidad Católica de Guayaquil.
- . 1997. «La machorra». En *Antología de narradoras ecuatorianas*, compilado por Miguel Donoso Pareja, 150-6. Quito. Libresa.
- . 2001. «Cuento de la tortura n.º 5». En *Cuentan las mujeres: Antología de narradoras ecuatorianas*, editado por Cecilia Ansaldo, 55-61. Quito: Planeta.
- . 2005. *Yo siempre he sido Nela Martínez Espinosa: Una autobiografía hablada*. Quito: Universidad Nacional de Educación.
- . 2012. *Insumisas: Textos sobre las mujeres*. Quito: Ministerio Coordinador de Patrimonio.

- Millett, Kate. 1995. *Política sexual*. Madrid: Cátedra. <https://rb.gy/8q980>.
- Montalvo, Juan. 1888. *El espectador. Tomo tercero*. París: Librería Franco-Hispano-Americana. <https://rb.gy/3x611>.
- Ortega, Alicia. 2017. *Fuga hacia dentro: La novela ecuatoriana en el siglo XX*. Quito: UASB-E / Corregidor.
- Ortiz Crespo, Alfonso, coord. 2012. *Vienen ganas de cambiar el tiempo: Epistolario entre Nela Martínez Espinosa y Joaquín Gallegos Lara-1930 a 1938*. Quito: Instituto Metropolitano de Patrimonio.
- Preciado, Paúl. 2005. «Multitudes queer: Notas para una política de los anormales». *Nombres: Revista de Filosofía* 19: 157-66. <https://rb.gy/j1ea5>.
- Quijano, Aníbal. 2014. *Cuestiones y horizontes: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover, US: Ediciones del Norte.
- Richard, Nelly. 1996. «Feminismo, experiencia y representación». *Revista Iberoamericana* 62 (176-7): 733-44. <https://rb.gy/e0kr1>.
- . 2001. «La problemática del feminismo en los años de la transición en Chile». En *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*, compilado por Daniel Mato, 227-39. Buenos Aires: CLACSO. <https://rb.gy/qi0ep>.
- Rivera Cusicanqui, Silvia. 2010. *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rodas, Raquel. 1992. *Nosotras que del amor hicimos*. Quito: Fraga.
- Salazar, Tatiana. 2017. «La experiencia militante de la Unión Revolucionaria de Mujeres del Ecuador (URME), 1962-1966». Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. <https://rb.gy/f61pg>.
- Segato, Rita. 2012. «Género y colonialidad: En busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial». *Universidade Federal de Santa Catarina*. <https://rb.gy/xrky7>.
- . 2019. «Pedagogías de la crueldad: El mandato de la masculinidad (fragmentos)». *Revista de la Universidad de México* 854: 27-31. <https://rb.gy/bs6ep>.
- Terán, Rosemarie. 2012. «El ser colectivo de Nela Martínez Espinosa». En *Insumisas: Textos sobre las mujeres*, de Nela Martínez, 7-24. Quito: Ministerio Coordinador de Patrimonio.
- Vásquez, María Antonieta. 1988. «Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del siglo XX». En *Nueva historia del Ecuador. Vol. 9: Época republicana*, editado por Enrique Ayala Mora, 205-33. Quito: CEN.

- Walsh, Catherine. 2001. «¿Qué conocimiento(s)? Reflexiones sobre las políticas del conocimiento, el campo académico y el movimiento indígena ecuatoriano». *Comentario Internacional* 2: 65-77. <https://rb.gy/vh4c0>.
- . 2013. *Pedagogías decoloniales. Tomo I: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Quito: Abya-Yala.
- Zambrano, María. 2016. *Filosofía y poesía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

ÚLTIMOS TÍTULOS DE LA SERIE MAGÍSTER

340	Carla Grefa, <i>Naturaleza y megaminería: La delgada línea entre coexistencia y contradicción</i>
341	Ángela Rocha, <i>Procesos interoceptivos y propioceptivos en autistas adultos</i>
342	Juan José Freire, <i>La censura cinematográfica en Ecuador: Un estudio de la calificación etaria</i>
343	Dianis Hernández Lugo, <i>Camino a la libertad: Esclavizadas en Cartagena de Indias (1750-1800)</i>
344	Tamia Andrango Cadena, <i>Videoclips de música kichwa: Representación, cambios culturales y comunitarios</i>
345	Miguel Saldarriaga Viteri, <i>El Código Militar en la construcción estatal garciana (1861-1875)</i>
346	Vanessa Lozada, <i>El derecho a la salud de las mujeres privadas de libertad: Caso CRS Cotopaxi</i>
347	Josueh Aguilar, <i>Indeterminación territorial y derecho a la ciudad: Comuna San José de Cocotog</i>
348	Carla Burbano Hinojosa, <i>Colombia, modelo de privatización de la seguridad en la región</i>
349	Juan Manuel López, <i>Generación Tsáchila: Mediaciones, hibridación y resistencia cultural</i>
350	Inkarri Kowii Alta, <i>Tinkuy: ¿Enfrentamiento o transformación cultural?</i>
351	Ita Gallo Mera, <i>Propuesta de innovación en la educación continua: La norma UNE-ISO 21001:2018 en la UASB-E</i>
352	Juliana Mojica Sanabria, <i>Un campo de fuerza convertido en barrio: El caso de San José Obrero, Antioquia (1946-1956)</i>
353	Alfredo Espinosa, <i>Democracia en tensión: El sistema de partidos en Ecuador (1996-2013)</i>
354	Tatiana Landín Ramírez, <i>Nela Martínez: Nuevas lecturas de su escritura y militancia</i>

La falta de un estudio que dé cuenta de la producción integral y literaria de Nela Martínez Espinosa (1912-2004) justifica este trabajo, que integra sus innovaciones estilísticas en la novela *Los guandos* y la ductilidad de su voz en diferentes registros textuales. Es una de las voces militantes y literarias que tienen un lugar en la historia ecuatoriana a partir de la década del 30. Su temprano interés por las causas sociales traza el camino de su dedicación a las luchas sociales. Fue también una de las reivindicadoras de la imagen de Manuela Sáenz. Esta obra a su vez se alimenta del archivo desplegado en cartas y biografía hablada para revisar su pensamiento, innovaciones y exhibir su legado en viva memoria.

Tatiana Landín Ramírez (Guayaquil, 1985) es licenciada en Comunicación Social con mención en Literatura y Comunicación (2015) por la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil; magister en Estudios de la Cultura con mención en Género y Cultura (2021) por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Ha publicado en *Kipus: Revista Andina de Letras*, revista *Lanzas y Letras* de Colombia, y su texto "Despedida sin abrazos" consta en *Ataúd en llamas: Testimonios de escritores en el Guayaquil de la pandemia* (2020). Forma parte del Comité de Contenidos de la Feria Internacional del Libro de Guayaquil y es columnista en *El Universo*.

